



Para el Buque de Toledo,
con todos los respetos.

El autor.

— TURISMO —

Está muy ignorado todavía, lamentablemente, lo que significa la palabra Turismo.

No sólo Toledo, España en general, aún no se ha dado perfecta cuenta de lo que representa esta palabra; aún no sabe de su verdadero valor.

Cierto es, con toda complacencia lo reconocemos, que en el transcurso de los últimos años este valor se va reconociendo, esta incógnita se va despejando para bastantes, y sus frutos, admirables realidades, van sirviendo de aclaración, de enseñanza para los demás. Enseñanza sumamente práctica, porque la teoría tan corriente en todas, en ésta va siempre unida a la realidad; es más, en la mayoría de los casos no hay teoría, los hechos consumados hablan elocuentemente.

A esto débese lo adelantado en los últimos años, el reconocimiento de la importancia del turismo ante las realidades por él mismo producidas. A esto se deberá muy próximamente la total atención del pueblo español para este problema tan interesante, de importancia cual ninguno.

Es preciso y urgente hacer saber a todos, es necesario hacer llegar hasta el último y más escondido pueblecillo, guardador siempre de algo bello o interesante, de algo atractivo o valioso—monumentos, joyas, obras, ruinas, aspectos típicos y característicos, etc., etc., que todos los pueblos españoles tienen algo interesante—que turismo significa algo más que el hecho concreto del movimiento de viajeros.

Representa la atención de unos señores en llegar hasta ellos, el honor de recibir su pleitesía y sus enseñanzas, y algo más

todavía, las pesetas, un puñado de pesetas que en su visita les dejaron, insignificante cifra para las que después han de seguir recogiendo, si aquellos turistas marcharon complacidos, si obligados por sus atenciones tan merecidas y por el valor indudable en sus distintos aspectos de lo que vieron, vuelven otro y otro día, y traen con ellos o mandan después a los suyos.

Turismo es el venero eterno de oro, la fuente más importante de riqueza.

Turismo es en Italia mil quinientos millones de pesetas anuales, la mitad del presupuesto español, que allí se quedan, y casi otro tanto en Francia, y no mucho menos en Inglaterra y en Suiza.

Igualmente puede ser en España, cuyas bellezas y valores artísticos e históricos en general, nada tienen que envidiar a los de la primera nación indicada.

No queremos exagerar nuestras apreciaciones, pues bien se pudiera afirmar una mayor cifra que la que más, ante la excepcional circunstancia de ser nuestra patria la madre de veinte hermosas y prósperas naciones americanas, que hablan nuestro idioma y llevan en su corazón el culto, la reverencia, la simpatía al menos para quien les creó.

Turismo es la fuente más importante de riqueza, verdaderamente inagotable en España, por sus infinitos encantos y atractivos, por su admirable situación, por sus espléndidas condiciones en general, con lo que puede ser el país ideal para el turista, el centro del turismo mundial.

Puede ser, y lo será sin la menor duda.

Para ello se ha dado ya el primer paso con el éxito más definitivo, doblemente por ser el primero y por darle entre la total indiferencia u obstruccionismo de los más.

Nos lo afirma la Comisaría Regia de Turismo, con su actuación tan patriótica.

Nos lo afirma más la personalidad del Comisario Regio, el ilustre prócer Sr. Marqués de la Vega Inclán, que ha hecho y sigue haciendo toda la gran obra de la Comisaría, poniendo en ella capacidad, valentía, y algo más, aunque en estos tiempos de materialismo sumo no se crea: toda clase de sacrificios morales y materiales.

Y si vencieron tan afortunadamente las primeras dificultades, tan frecuentes en todas las iniciaciones, y mucho más en España,

por falta de valentía y de capacidad para acometerlas, ¿por qué dudar del éxito completo?

Turismo en España es algo ya; es una realidad muy efectiva e interesante.

Nos lo afirma lo realizado, lo que ha hecho la Comisaría: las realidades efectivas, que son tantas y tan plausibles de la activísima labor del Marqués de la Vega Inclán, *leader* admirable del Turismo, al que se debe la importancia que ha adquirido este servicio, y la que adquirirá con toda prisa sucesivamente.

Y al mencionar con toda atención, como merece, la entidad impulsora del turismo español, entramos de lleno en el tema objeto de nuestro trabajo, después de estas breves y obligadas palabras preliminares.

I

Estudio crítico y desarrollo del turismo en Toledo.

Al acometer éste, como en todos los estudios, desde sus principios, es ineludible hablar más ampliamente que concretándonos sólo a la ciudad toledana.

La iniciación del turismo en Toledo, es la iniciación del turismo español, el principio del turismo en toda la península. Toledo es, pues, el punto de partida oficial y efectivo, real, de este movimiento, de esta riqueza española, ya que indudablemente riqueza y muy importante supone su desarrollo.

En una traducción no sujeta a texto alguno, caprichosa en absoluto, pero dentro de lo caprichosa verdaderamente documentada y efectiva, diríamos; Turismo: Toledo.

Y la completaríamos más todavía diciendo; Turismo: Toledo-Greco.

Porque si Toledo es la base del turismo nacional, el Greco es la base del turismo toledano.

Afirmaciones ambas que vamos a probar, para darlas su debido valor, a la vez que cumplimos estrictamente nuestro cometido, señalando el verdadero origen del turismo en Toledo.

En el comienzo del año 1907, un señor desconocido en Toledo, aunque repetidas veces se le había visto entre el contadísimo

número de viajeros que llegaban a esta ciudad, después de una gran obra de restauración y afirmación, hacía la Casa y el Museo del Greco.

Obra admirable que suponía sobre todos sus muchos valores materiales, el de ofrendar el mayor homenaje al gran artista, más toledano que cretense—Creta le dió la vida y los pinceles Toledo—levantando un altar donde reverenciarle devotamente todos los hombres del mundo.

Toledo sumó a los muchos que poseía, un monumento más, singularmente atractivo por la representación, por el significado que tenía.

Con él, para los más, para el vulgo, se descubría al Greco, hasta entonces sólo conocido y apreciado por la alta crítica.

El Greco que era el artista incógnito, desde entonces fué y lo sigue siendo, el pintor popular más o menos apreciado, pero conocido de todos; sus obras las distingue una gran mayoría. «El entierro del Conde de Orgaz» tiene la admiración de todos; se le reconoce como uno de los más fuertes valores de Toledo, entre los propios e indiferentes toledanos, y como un gran tesoro nacional, entre los españoles todos.

A partir de esta fecha, avalorado Toledo con el prestigio de ser la ciudad del Greco, de año en año, estos últimos en proporción fabulosa, de día en día, ha ido aumentando el número de sus visitantes.

Para el turismo, ofrecía y ofrece Toledo un nuevo atractivo; no es sólo la ciudad de la Catedral Primada, la de los grandes monumentos góticos y platerescos, la de los callejones misteriosos, la de los bellos monasterios, la de los típicos rincones, la de los ilustres artífices y los grandes poetas, la de las sublimes leyendas, la cuna de la historia patria, la ciudad histórica y artística por excelencia; es también la patria del más grande pintor, del mago de los pinceles: es la ciudad del Greco.

Pero el altruismo del Excmo. Sr. Marqués de la Vega Inclán, aquel señor dueño y fundador de la casa y el Museo del Greco, llegó a más.

Copiemos de uno de los periódicos publicados por aquella fecha, la siguiente nota, sumamente expresiva por la información oficial:

•En la sesión del Congreso de los Diputados celebrada en 31 de octubre de 1907, el Excmo. Sr. Marqués de Tamames sometió a

la Cámara una carta del Sr. Marqués de la Vega Inclán, en que exponía su decidido propósito de ceder a la Nación un edificio habilitado para Museo en la mansión del Greco; edificio absolutamente independiente del resto de la finca, bajo la guarda y custodia del Estado y la intervención técnica de un Patronato compuesto de las personas de más valía en materia de arte.

Además de la influencia moral (añadíase en la carta), que ejercería esta función y Patronato en la cultura artística de España (especialmente en Toledo), era su objeto primordial la salvación de más de 40 lienzos del Greco, que fatalmente estaban pereciendo en la imperial ciudad.

Aceptado este ofrecimiento por el Sr. Ministro de Instrucción Pública, con expresivas frases y con la unanimidad de la Cámara, que resumió el Presidente del Congreso en un voto de gracias; procedió desde luego el Sr. Marqués a realizar su propósito. Por lo que respecta al edificio, no reuniendo la Casa del Greco las condiciones especiales que requiere un Museo, hizo reedificar en los terrenos contiguos a las ruinas del palacio del Marqués de Villena y Casa del Greco, bajo la dirección del arquitecto D. Eladio Laredo y Carranza, un antiguo palacio del Renacimiento que exigía inmediata demolición por su ruinoso estado, así como por el de sus artesonados y preciosos restos. Y tocante a los cuadros, se fijó en primer término, en 20 lienzos del Greco procedentes de la iglesia del antiguo Hospital de Santiago, y que, después de permanecer depositados en el ex convento dominico de San Pedro Mártir (hoy Asilo Provincial), fueron a parar al Museo de San Juan de los Reyes, sin que a pesar de la buena voluntad de los dignísimos funcionarios que estaban al frente de dicho Museo Provincial, pudiera atenderse a su arreglo y conservación, como tampoco podía evitarse el peligroso estado del edificio que los guardaba, hasta el extremo de haberse impedido la entrada del público en el Museo».

Hechos todos los trámites oficiales para la cesión, y en su intervalo ultimada la instalación completa del Museo, hízose ésta oficialmente, firmándose la escritura el día 9 de junio de 1910, en virtud de la cual se cedió al Estado el referido Museo por el Marqués de la Vega Inclán, el que para mayor ejemplaridad, hacía constar en el documento notarial, las siguientes cláusulas fundamentales:

«Que deseando el Sr. Marqués de la Vega Inclán coadyuvar

en cuanto le es posible a perpetuar la gloria del gran pintor cretense y muy especialmente exteriorizar, dentro de la modestia de sus medios, su amor al arte patrio y su vehemente deseo de que en el intenso ambiente artístico de la monumental Toledo se instituya, organice y propague un Centro donde se recojan, acumulen y custodien riquezas artísticas, hoy en parte abandonadas, dispersas y quizás ignoradas de propios y extraños, concibió el noble propósito de reconstruir el edificio referido, precisamente sobre los terrenos de las antiguas casas del Marqués de Villena, que en parte sirvieron de morada al genial pintor y a su hijo Jorge Manuel de Theotocópuli, por los años de mil quinientos ochenta y cinco, al mil seiscientos once, según lo comprueban los contratos de inquilinato recientemente descubiertos en el Archivo de Protocolos de Toledo.

»Hecha la reconstrucción, acomodándola al gusto característico de la época y al fin a que se le destina, el Sr. Marqués de la Vega Inclán la ha dotado del menaje, decorado e instalaciones precisas, y ha ofrecido al Estado la cesión gratuita de todo ello; ofrecimiento que, con aplauso ha sido aceptado, no sólo por la valía de la donación, sino por los nobilísimos propósitos del Sr. Marqués de la Vega Inclán, quien reiteradamente ha manifestado su pensamiento de que lo que ahora se realiza sirva de punto inicial para la formación de una gran Institución de Arte Español; que sirva de estímulo y enseñanza y contribuya al desarrollo de la cultura pública y a la gloria de la Patria y del Arte».

Son muy interesantes y precisos todos estos detalles, para probar nuestras afirmaciones precedentes sobre la obra del turismo toledano.

Muy pocos días después del de la cesión oficial, en la fausta fecha del 20 de junio de 1910, visitó el Rey S. M. D. Alfonso XIII la Casa y el Museo del Greco, para conocerlo, ordenando le esperase allí su fundador el Sr. Marqués de la Vega Inclán y el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, entonces el notable periodista D. Julio Burell.

Llegado el Monarca a Toledo, la ciudad de sus amores, y después de visitar el Museo y de ser cumplimentado por todas las Autoridades locales, a las que indicó se retirasen, pasó con su Caballerizo Mayor Marqués de Viana, que lo acompañaba, con el Ministro Sr. Burell y con el Marqués de la Vega Inclán, a la casa

del Greco, donde almorzaron en la interesante cocina, y solos los cuatro permanecieron allí hasta las cinco de la tarde.

S. M. el Rey, con su certera visión de la realidad, definió lo que debía ser el Museo y la Casa del Greco, concretando el desarrollo de esta institución toledana y nacional, que había que unirla con una obra para el fomento y desarrollo del turismo en Toledo y en general en toda la nación. Concretóse también el nombramiento de un patronato que se hiciese cargo de la vigilancia y custodia del referido museo, designando como vocales del mismo a los Sres. Sorolla, Beruete (padre), Cossio, Huntington, Mélida y Cedillo, los que aceptaron, pero exigiendo que formase parte del mismo el Sr. Marqués de la Vega Inclán, al que designaron como Presidente.

Algunos meses después, en los primeros del año 1911, el Gobierno de S. M. creaba una entidad oficial denominada Comisaría Regia de Turismo, habiéndose acordado previamente el nombramiento del Sr. Marqués de la Vega Inclán, para que iniciara y desarrollara esta obra—primera en España—precursora del turismo nacional.

¿Está documentada nuestra afirmación, de ser el Greco la base del turismo en Toledo, y éste a su vez, la base del turismo en toda la nación?

¿Puede ser más grata, más valiosa, ni más interesante la iniciación de todo esto, que responde al criterio y a los entusiasmos del propio Monarca español, el que además demuestra sus preferencias por Toledo, usando el ducado de este nombre, y haciéndole siempre objeto de sus atenciones todas?

Una prueba más concluyente de nuestra tesis, nos la dá la primera labor de la Comisaría Regia de Turismo, o sea recién creada: Es ella, la edición de «Un viaje a Toledo» hecho por la competente pluma del maestro Cossio, y editado en una pequeña hojita de papel agarbanzado, en tres dobleces, una especie de tríptico, edición que se repartía profusamente por todos los trenes y por toda España.

En la sucesión de los años, la Comisaría ha continuado haciendo a esta ciudad objeto de su mayor atención, ayudando en todo al Centro de Turismo toledano, creado por la altruista Sociedad Defensora de los Intereses de Toledo; propagándola por todo el mundo, con la multitud de ediciones, sólo doce de la guía de Cossio, y otras tantas publicaciones de Toledo, así como también

por infinidad de fotografías, ampliaciones, postales, e incluso varias películas exclusivamente toledanas; y en general, con su continua labor que tanta influencia ha tenido y tiene en la riqueza y en la cultura toledana, por la afluencia de multitudes que han acudido a Toledo, integradas por todos los elementos sociales, desde jefes de Estado, hasta las más populares.

Es muy justo y muy honroso consignar, que todas estas atenciones obedecieron al criterio de preferencia demostrado, desde los primeros momentos, por el Rey.

Como complemento del proceso de este estudio, conviene hacer resaltar otras actuaciones de la misma entidad oficial, de la Comisaría, vinculada tan íntimamente con esta ciudad, y que tiene una gran relación en el desarrollo del turismo y con el valor artístico de Toledo.

Fué una de ellas, la instalación de una exposición de cuadros del Greco en el año 1914, que resultó muy importante, siendo costeada exclusivamente con los fondos que se habían votado para el desarrollo del Museo, cuya consignación sólo duró un ejercicio, reduciéndola después a una leve cantidad, lo preciso para los gastos del personal, sin que pudiera atenderse al desarrollo de esta institución naciente, obra que no es fácil improvisar, lo que dió lugar a la comunicación que el Marqués de la Vega Inclán dirigió al Gobierno y publicó en diciembre de 1914 en el folleto: «Ampliación al catálogo del Museo del Greco, y noticias de las obras ejecutadas hasta la fecha por el Patronato».

Es muy interesante reproducir el final de esta comunicación, tan vibrante y patriótica, que refuerza más y más el gran interés de este altruista prócer por el Museo del Greco, y para Toledo por tanto.

Después de referir varias de las obras más importantes realizadas por el Patronato, terminaba así:

•Esta obra y algunas otras, que por no pecar de prolijidad no se mencionan, constituyen un conjunto admirado por las muchedumbres que desfilan por este Museo y estampan sus nombres en los álbums con palabras de admiración y gratitud. Esto han hecho los Jefes de Estado al visitar detenidamente esta institución, y también los Congresos, desde el Eucarístico hasta el de Ciencias Sociales, y los más ilustres críticos de arte del mundo, los intelectuales y refinados, los poderosos y los humildes; todos han rendido unánime elogio a esta labor, fundamentalmente de

enseñanza, de cultura y de ejemplaridad. Obra para la que hoy, en los presupuestos que se presentan a las Cortes, se rebaja una gran parte de la cantidad consignada, cuya inversión aquí se menciona y que a las puertas de Madrid, en Toledo, se comprueba por todos, hasta por los más humildes y menos cultos de los visitantes, que siempre encuentran abiertas de par en par las puertas de aquella Casa.

El Presidente del Patronato, que por deberes de su cargo, como Comisario Regio de Turismo, se esfuerza para corregir la mendicidad ferroviaria y la mendicidad callejera, no puede incurrir en otra mendicidad extendiendo la mano ante una Comisión Parlamentaria, ni tampoco acudir a otro remedio que tal vez se considera como limosna o concesión ministerial. No comento ni casi me importa la rebaja de este crédito en los actuales presupuestos, pero sí tengo el deber de rendir cuenta de la eficaz, cultísima y excepcional gestión del Patronato que tengo la honra de presidir; como también debo manifestar que esta meritísima Institución, quizás más conocida y estimada fuera de España, aun cuando nos envanece que también en nuestra Patria algo se conozca y estime, debo declarar, repito, y declaro: que con mis queridos compañeros, los demás Patronos, mientras me concedan su confianza, y con auxilio del Estado, o sin él, este Museo seguirá desenvolviéndose y será atendido para su sostenimiento y mayor desarrollo, cumpliendo con creces el ofrecimiento de una obra ya realizada, pero que tiene el deber de acrecentar mientras viva

El Marqués de la Vega Inclán.

Fué otra obra importantísima del Comisario, como Presidente del Patronato, en favor de Toledo, la feliz restauración de la bellísima Sinagoga del Tránsito, que fundara el opulento Samuel Leví, tesorero de D. Pedro I el Cruel, la que permaneció años y años pendiente de la obra de restauración, con un andamio que obstruía el monumento, y aceptada por el Gobierno que presidía el malogrado D. José Canalejas, siendo Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes D. Amalio Jimeno, la proposición del Patronato para hacerse cargo de este monumento, hizose la obra total de consolidación y de restauración definitiva y completa, en poco más de un año y con un coste de 30.000 pesetas, cuentas

rendidas minuciosamente al Ministerio, para las que había calculado un presupuesto superior a 300.000. En la misma Sinagoga, en locales anexos que estaban convertidos en viviendas modernas, donde se descubrieron bellísimos atauriques, el Patronato creó una interesante biblioteca de estudios hebraicos.

Continuando la biblioteca y la Sinagoga a cargo del Patronato, es una prueba más, por la atención con que lo cuida, de su plausible actuación, que comprende otras muchísimas obras más; frecuentes mejoras en el inmueble y en sus servicios; constantes ampliaciones de nuevas salas, y de cuadros, esculturas y obras en general, donadas la mayoría por el propio Presidente del Patronato; adquisición de varios millares de volúmenes escogidos escrupulosamente, hasta formar una nutrida e interesante biblioteca de arte y de asuntos toledanos, instalada con todo detalle en el mismo edificio, en un solar cedido también por el Marqués de la Vega Inclán; organización y atención material del centenario del Greco, incluso del monumento al mismo levantado en el paseo del Tránsito, frente al Museo, cuya subvención oficial ofrecida a la Comisión organizadora no pudo realizarse, teniendo que prescindir el Museo de su vida económica por sufragar estos gastos; instalación de una completísima colección de fotografías, grandes y primorosas ampliaciones del artista Sr. Moreno, de toda la obra del Greco, en salas ex profeso, admirablemente instaladas, resultando la exhibición gráfica de la labor del Greco más completa y más documentada que existe, etc., etc., todas a cual más admirables.

¿Puede hacerse obra más práctica en pro del turismo en Toledo?

Creemos que no, y justo es consignarlo.

Hasta aquí la labor hecha por los elementos ajenos a Toledo, por aquellos que laboran con verdadero romanticismo, poniendo todo su esfuerzo en servicio de un ideal.

Ahora hemos de referirnos a los elementos locales, a los elementos puramente toledanos, que como tales, habían de ser los más interesados en esta obra de exclusivo beneficio para ellos; en esta obra objeto de sus ideales, pero también objeto y fin de sus necesidades materiales; en esta obra que les supone sobre los grandes prestigios, propios de la admiración de los visitantes, los muchos miles de duros que éstos les han dejado.

Y si justo es reconocer y elogiar la labor de los de fuera,

estricta justicia será también confesar y censurar la pasividad y la indiferencia de los de dentro; de los suyos que, salvo contadas excepciones, nada han hecho en pro de esta causa tan noble, a la vez que tan elocuentemente práctica para ellos.

Constituyen las excepciones, el Centro de Turismo, al que ya nos hemos referido anteriormente, y la revista ilustrada de arte «Toledo». El primero, creado y sostenido por la sociedad «Amigos de Toledo», compuesta por poco más de un centenar de socios que pagan una cuota mensual de una peseta, labora activamente propagando por todas partes el turismo en Toledo, y atendiendo en su centro desinteresadamente a todo el que llega a la ciudad, incluso a las grandes excursiones o grupos, a los que acompañan sus socios; especialmente los individuos, beneméritos ciudadanos, de la junta directiva, están convertidos casi diariamente en guías honorarios.

El Centro del Turismo ha hecho y hace una labor admirable, doblemente por lo anónima y callada; su historial es brillantísimo, siendo el factor principal que ha influido activa y prácticamente en el desarrollo del turismo.

Igualmente la revista «Toledo», creada há doce años y sostenida desde entonces por un vehemente toledano, que poniendo en ella todos sus ideales e iniciativas, ha colaborado a este desarrollo, propagando por todo el mundo las bellezas toledanas y defendiéndolas valiente y vibrantemente entre los suyos.

Su programa: Toledo único e intangible, es algo más que una frase toledana, es una frase nacional, con el importante valor de que se dice y se siente: El Toledo único e intangible, no es un tópico, no es una frase hecha sin más valor; es una realidad, un grato reconocimiento de sus valores y de sus derechos.

En estos sinceros cargos a los toledanos, hay que aclarar que su Ayuutamiento, la entidad representativa del pueblo, hace algunos años, muy pocos, subvenciona al Centro del Turismo con la cantidad de 1.500 pesetas en los primeros, habiéndola aumentado hasta 3.000 el actual.

Contra esta pequeñísima atención del municipio toledano—es todo su presupuesto para turismo—hay que censurarle multitud de desatenciones y de faltas que comete o deja cometer, relacionadas con tan importante servicio.

Ha sido y sigue siendo lamentabilísimo su abandono, su negligencia para los detalles que reclama una ciudad de la impor-

tancia de Toledo, origen del turismo español, y meta ya, sin ninguna duda, del turismo universal.

Es hartamente comentable la subvención que al Centro del Turismo concede desde el año pasado la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana, a la que llegan bastantes beneficios de este servicio, a cambio de los cuales le entrega *doscientas pesetas anuales*; pero lo es aún más la de la Cámara de Comercio e Industria, la entidad representativa del comercio toledano, que en general vive bien, y parte de él se enriquece con el turismo, subvencionándole con *setenta y cinco pesetas anuales*, y esto también desde el año pasado.

Pero aún estas cifras tan pequeñas justifican una atención, a la que no ha llegado siquiera la Diputación Provincial; el organismo oficial de la provincia, pletórico de dinero, que cierra su presupuesto con *cuatro millones de pesetas*, y no sabiendo en qué consumirlo, consigna cien mil pesetas para imprevistos.... pero ni un sólo céntimo para turismo. Así es la Diputación de Toledo.... con la capital más artística del mundo, y la provincia, una de las más interesantes y pintorescas de toda España.

No es extraño esto, cuando en medio de tanta cifra fabulosa, figuran sólo mil pesetas para la Comisión Provincial de Monumentos, o sean para todos los Monumentos de la provincia, en la que abundan éstos, que hay que atender, igualmente que otros servicios importantísimos relacionados con ellos. Como tal puede figurar la construcción de una carretera que una el típico pueblo cervantino «El Toboso», con el interesante lugar donde está enclavada la venta en que se supone velara sus armas el ingenioso hidalgo.

Carretera reclamada por el turismo mundial que hasta allí llega, y que a pesar de ser ocho kilómetros escasos, no se hace.

Estas son las actuaciones de las entidades oficiales, a las que hay que sumar las de los particulares en una gran mayoría, continuadora de la desatención e indiferencia, y lo que es peor, del obstruccionismo.

Son constantes los absurdos revocos, los destrozos de fachadas y rincones típicos, el levantamiento de casas *modernistas* y de *pegotes* en los puntos más estratégicos para contemplar el paisaje y los alrededores de la ciudad. Son frecuentes las desapariciones de objetos y cosas antiguas: la exportación es enorme. El chamarrerismo domina en toda la ciudad.

Algunas excepciones hay en todo esto, pero son contadas, aunque por ello mucho más valiosas.

Esta es la realidad, la triste realidad del problema, a pesar de la cual el desarrollo del turismo en Toledo ha sido importantísimo y se ha impuesto sobre todas sus características y no despreciables medios de vida.

Prueba de esto, el enorme valor, la excepcional importancia del tesoro artístico, histórico y típico de esta ciudad, que contra todo y sobre todos, por sí sola ha triunfado brillantísimamente; primero, iniciando el turismo en España; después, sosteniéndole en aumento importante, y por último, hoy, llegando a ser la meta del turismo mundial, obteniendo unánimemente el título de capitalidad artística española, que es algo como capital artística universal.

El Toledo único e intangible proclamado por la revista «Toledo», es un hecho cierto, es único, y debe ser intangible; todavía es tiempo de salvarle.

Resumimos, pues, el estudio y desarrollo del turismo en Toledo, repitiendo las afirmaciones con que empezábamos como fundamento de nuestro trabajo, a las que creemos haber dado la debida realidad, después de la documentación precedente a su favor.

Turismo español: Toledo; y turismo toledano: Greco. En resumen definitivo: Turismo en España: S. M. el Rey y el Marqués de la Vega Inclán.

II

Estadística del turismo en Toledo.

Número de visitantes de la Catedral en 1909 y años sucesivos.

¿Es posible hacer una estadística fija del movimiento del turismo en Toledo desde el año referido, en el que ni siquiera existía la Comisaría Regia, ni nadie se preocupaba de este servicio?

Algunos datos de cierto valor tenemos a la vista, por notas recogidas a partir de la inauguración de la Casa y el Museo del Greco, primer paso oficial del turismo, no sólo en Toledo, sino en toda España, ya que no hay otros medios en que basar la estadística, tanto o más difícil, al reducirla solamente al Templo

Primado, por cuyos ámbitos han pasado una gran multitud de visitantes, pero sin posibilidad de contarlos.

Aun hoy mismo, que quedan datos por las tarjetas vendidas diariamente, la estadística fija es bastante imposible, por ser una mayoría muy importante los que ven la Catedral, pero no el tesoro y demás dependencias de pago.

Antes del 1910, el movimiento de forasteros en Toledo, como en el resto de España, excepto en las grandes capitales, no tenía ninguna importancia, reduciéndose en su mayoría a los de la provincia; y decimos forasteros, porque entonces realmente turistas no había ninguno. Eran contadísimos los que viajaban por placer, por sport, por curiosidad, por prescripción facultativa, por recurso..... razones tan fundamentales que motivan los viajes actuales.

Y dentro de esta carencia de tales viajeros, Toledo, podemos afirmar rotundamente, constituyó siempre una verdadera excepción. La historia nos dice constantemente de personalidades que a esta ciudad llegaron; también repetidas obras escritas sobre Toledo en todas las épocas, por extranjeros y españoles, acusan que sus autores le visitaron y le estudiaron, o al menos le admiraron; obras todas ellas que citan a la Catedral, por lo que este movimiento tan de antaño de viajeros o de turistas, corresponde por igual a Toledo y a su Primada.

Más posterior, ya en el siglo actual y en el año 1909, en que se empezó a sentir esta «necesidad» de viajar, iniciándose la resurrección, el verdadero descubrimiento del Greco, con el principio de la obra de su casa, buscamos datos y pocos encontramos.

De su examen sacamos una cifra tan reducida, que no llegaría a un millar de turistas; algunos más aumentarían el siguiente, y otros pocos en mayor proporción en el otro, en 1911, en el que tuvo lugar la creación de la Comisaría Regia.

Compulsadas minuciosamente fuentes informativas de toda veracidad, de las que hemos recogido cifras de todos los años sucesivos; registros de hoteles, fondas y posadas; álbums de la Casa del Greco y sus estadísticas; registros de Comisarías y del Gobierno civil; hojas del tráfico de ferrocarriles, talonario del arbitrio de entrada de automóviles cuando existió; venta de tarjetas del tesoro de la Catedral, y recientemente de la iglesia de Santo Tomé y de San Juan de los Reyes, además de datos muy importantes de la Comisaría Regia y del Centro del Turismo

toledano, nos permite hacer una estadística muy aproximada, lo más aproximadamente posible, ya que no altera el valor de ésta, ni supone una diferencia sensible, la variación de un millar más o menos en estas cifras tan fabulosas.

Tenemos, pues, un principio de estadística con un millar de turistas en el 1909, que suben a 4.000 en el 1911, y continúa en enorme progresión creciente los años siguientes; en 1912 se triplica la cifra y vuelve a triplicarse en el que le sigue, llegando hasta unos cuarenta mil.

La gran guerra, iniciada después, paralizó muchísimo el turismo, pero no totalmente en Toledo, pues nunca, aun en los momentos más activos del desastre europeo, faltaron turistas en la ciudad toledana.

La enorme cifra que alcanzó antes de empezar esta guerra, rodújose bastante, en una tercera parte, de doce a quince mil, durante los años que duró aquélla, y en los primeros de la posguerra; mas después, en el 1918 y siguientes, de nuevo vuelve a aumentarse el número, duplicándose de año en año, hasta llegar en el 1924 a ochenta mil, y algunos bastantes más de cien mil el pasado 1925. La suma de todos los datos que poseemos, elévanse a 116.000, a la que indudablemente habrá que aumentar algunos millares más por deficiencias de la estadística.

Del año actual no hemos podido comprobar todavía los datos más veraces, además de faltar una de las más fuertes temporadas de turismo, o sea la otoñal, pero puede afirmarse que la cifra es muy superior a la del año anterior.

Es muy curioso e importante consignar, que en los últimos años, una tercera parte o más de turistas vinieron en automóvil; el año último fueron de 36 a 40.000 personas las que llegaron por carretera.

¿Pero, cuántos visitaron la Catedral?

Ya hemos indicado anteriormente, que el movimiento de turistas corresponde por igual a Toledo que a la Primada. Así, pues, es evidente que todos, absolutamente todos los que llegan a Toledo, pasan por su Catedral, y si pueden, hácenla varias visitas. ¿Podría si no justificarse el viaje? ¿Cómo no admirar la Catedral más hermosa de todas?

Mas nuestra afirmación sólo comprende la visita al templo, no al tesoro y a las demás dependencias de pago, cuya cifra es mucho más reducida.

Es seguro que casi una tercera parte del número total de turistas, admiran las joyas y demás tesoros de la Primada; quizás en estos últimos años sea mayor la proporción.

Y nos interesa advertir que no atribuimos a motivos económicos el que no todos vieran ni vean el tesoro—cuya tarjeta tuvo distintos precios, valiendo actualmente 2,50 pesetas—sino sencillamente a incompatibilidad de la hora, a falta de tiempo, o a conocerle ya.

Las cifras precedentes, que justifican la obligada estadística de este trabajo, significan algo más.

No expresan sólo el desarrollo del turismo en Toledo; son la confirmación categórica, definitiva, justísima de nuestras afirmaciones. ¿Puede haber riqueza más importante y más inagotable?

¿Cuántas pesetas habrán dejado en Toledo esos cientos de miles de turistas?

¿Cuántas no dejarán los que vengan, atraídos por sus palabras de elogio y de devota admiración para esta ciudad única?

Piensen estas realidades, vean lo que es el turismo, no sólo los idealistas, los románticos, los «chiflados», sino los materialistas, los hombres de negocios, los que sólo entienden de pesetas, «que son la razón, el ideal de la vida».

III

Visitantes Reales y de Jefes de Estado.

Congreso y excursiones.

Turismo seleccionado. Gran turismo.

Precede a esta parte la estadística de visitantes. Es ella, la cifra; vamos a completarla con la calidad.

Ha sido Toledo la ciudad más visitada por personalidades; el gran número de sus visitantes, fueron y son las figuras más célebres del mundo en todas las manifestaciones de la inteligencia.

Su turismo, fué y es especialmente distinguido; a Toledo no se viene a ver una corrida de toros, ni un *mach* de boxeo, ni una carrera de caballos o de automóviles: Toledo no ofrece más dis-

tracción que su arte; es, pues, ofrenda para espíritus selectos y cultos.

Por esto es mucho más importante y representativo culturalmente este turismo, que pudiéramos calificar de gran turismo.

Y grande es efectivamente; lo afirman las cifras expuestas anteriormente, y lo confirma más, las relaciones de sus visitantes, que es necesario detallar. Bastará decir que fueron las más salientes personalidades mundiales, de las artes, de las ciencias y de las finanzas.

Todas las capacidades que llegaron a España, por Toledo desfilaron.

Todos los Monarcas y Jefes de Estado que vinieron a nuestra patria, visitaron Toledo; a partir de la fecha 1909, en que basamos este trabajo, honraron la ciudad imperial las siguientes egregias visitas: en 1910, el Rey de Portugal; en 1913, Poincare, Presidente de la República Francesa; en 1918, el Príncipe de Monaco; en 1921, los Reyes de Bélgica; en 1922, el Schāhx de Persia, y en 1924, los Reyes de Bélgica, con el Príncipe heredero.

Con tan ilustres huéspedes vinieron siempre nuestros augustos soberanos, los que además han visitado y visitan solos, constantemente, esta ciudad, objeto de sus mayores preferencias y de todos sus amores.

Todas las regias excursiones citadas, fechas memorables para Toledo, fueron organizadas y atendidas por la Comisaría Regia, con tal detalle y cuidado, que constituyeron un gran éxito para España y doblemente para Toledo.

Además de estas visitas, pueden contarse la de casi todos los Príncipes reinantes y la de todos los grandes políticos, jefes de Gobierno europeos y americanos.

Muchos de estos viajes los realizaron oficialmente, pero los más fueron de incógnito, particularmente.

¡Si la cocinita del Greco pudiera hablar!

¿Cuántos grandes hombres habrán almorzado en aquel recogido aposento, en aquel simpático y singular rincón de la morada del gran artista, acompañados por el Marqués de la Vega Inclán?

Otro aspecto interesante del turismo en Toledo, son los congresos y excursiones que a él llegaron.

Igualmente que las personalidades, cuantos Congresos se celebraron en España y a ella vinieron, por Toledo pasaron todos, absolutamente todos, y como las visitas regias, constituyendo los mayores éxitos de todos los programas. ¿Cómo olvidar el resultado del gran Congreso Eucarístico, en el que el Rey puso tan gran empeño para que se manifestara brillantemente en Toledo, cuna de la Iglesia española, como así se manifestó?

¿Cómo olvidar el grandioso éxito, que supone el llegar a Toledo aquel día, dieciséis o dieciocho mil congresistas, en trenes desde las cinco y media de la mañana, hasta las doce de la noche, sin ocurrir el menor incidente, ni la más pequeña falta?

Es muy justo al recordar este día, recordar también la admirable labor del Marqués de la Vega Inclán, su organizador, y también la actuación del vecindario toledano, que todos, desde el Cardinal hasta el último vecino, tuvieron invitados en sus casas, vendiéndose además sobre unas diez mil bolsas de meriendas.

¿Cómo olvidar el sublime espectáculo de la gran Misa Mozárabe, en el transcoro de la Catedral, oída por tantos miles de personas?

¿Cómo no recordar los éxitos admirables del Congreso de las Naciones, del Internacional de Derecho, y de todos, recientes el de los Geólogos y el de los Esperantistas?

Y si frecuentes fueron los Congresos, mucho más lo fueron las excursiones nacionales y extranjeras, que por lo numerosas no podemos citar.

Constantemente visitaron y visitan Toledo, siendo obligado referir la más reciente, por su gran importancia: Ha sido ésta, la organizada por la Liga Naval Italiana, que trajo en un crucero de lujo botado especialmente para ellos, lo más selecto de Italia, el país del arte, su más distinguida aristocracia, para rendir su admiración y su pleitesía a nuestra Patria. Era obligado para esta excursión como para todas, el viaje a Toledo, para el que tuvieron sus elogios más efusivos. Elogios significadísimos por ser de quien eran; de la aristocrática colonia italiana, a la que nuestro Rey recibió en su palacio y personalmente, como no acostumbra, se les mostró todo: fué su *cicerone*.

El Duque de Toledo y Toledo, los cautivaron.

Hé aquí la realidad del gran turismo, del turismo excepcional de esta ciudad.

Es deber obligado al terminar este capítulo, elogiar la atención

suma del Comisario de Turismo en todas estas visitas, congresos y excursiones, que cuida hasta el último detalle, y que atiende incluso personalmente, como obsequio suyo, con *lunchs*, refrescos y otros refrigerios, todos, en cualquiera de sus monumentos, Casa y Museo del Greco y Sinagoga del Tránsito.

Eficaz colaborador de esta entidad, es el Centro de Turismo de Toledo, cuya mención y elogio hacemos complacidos.

Repitamos, pues, la tan conocida frase, nunca mejor empleada: «Así se hace patria».

IV

Libros, folletos, artículos y conferencias sobre Toledo en general, desde dicha época, 1909, hasta la fecha.

Igualmente que la estadística, ha sido esta parte objeto de un laborioso estudio.

¿Quién puede saber todo lo que sobre Toledo se ha escrito y se ha dicho?

Todo en absoluto, no nos engañemos, es totalmente imposible.

Toledo es, sin la menor duda, consecuencia lógica de su gran turismo, la ciudad de que más se ha escrito y de que más se ha hablado.

No habrá habido viajero medianamente culto, de los que pueden contarse por muchos millares, que después de visitar esta ciudad, o aun alguno sin visitarla, no haya escrito algunas cuartillas; no haya hecho sus impresiones, aunque las más quedaran inéditas.

Hemos recogido en repetidas ocasiones, en varios años, pero ahora especialmente en estos últimos meses en que venimos preparando cifras para este nuestro trabajo, recortes facilitados por varias agencias nacionales y extranjeras dedicadas a estos servicios, de todo lo publicado sobre Toledo, y constituye una verdadera enormidad.

En todas las revistas y periódicos españoles, aun en los más pequeños e insignificantes, se habla de y sobre Toledo.

Lo mismo en una gran mayoría de los extranjeros, muy especialmente los americanos.

En este recuento de artículos hemos comprobado que en una sola semana, la siguiente a la última festividad del Corpus, se publicaron 368 artículos de Toledo, sólo artículos, no informaciones, según los datos de las agencias indicadas, muy incompletos desde luego, porque éstas no pueden abarcar toda la prensa del mundo. Es indudable que además de éstos, en el resto de la prensa mundial, se publicaría alguno más no catalogado.

Entre los anotados figuran muchos nacionales y americanos, bastantes ingleses, belgas, italianos, franceses, portugueses, alemanes, algunos serbios, rusos, y hasta dos japoneses y uno chino.

Hemos indagado sobre otras publicaciones no periodísticas, y obtenemos los mismos resultados. Libros sobre Toledo se han escrito en todos los idiomas, absolutamente en todos; anteriores al 1909 bastantes y muy importantes, después de esta fecha, muchos más. Unos y otros, doblemente interesantes por lo que influenciaron en el turismo, no sólo cuando se fueron publicando, sino después, aun en nuestros días, que siguen atrayendo turistas.

¿Puede dudarse del valor de atracción para Toledo, de las obras de Zorrilla, Bécquer, Pons, Gutier, Amiceis, Barrés, Merimee, Meyergrafe, Mayer y tantos otros cuyos libros han sido leídos en todo el mundo?

Hemos buscado en coleccionistas de libros extranjeros, en bibliotecas de arte, en editoriales raras y en casas de libros viejos, y en todas partes hemos hallado títulos y títulos de y sobre Toledo; también bastantes sobre su provincia.

Registrando el catálogo de las más importantes agencias mundiales de ediciones célebres y raras, hemos encontrado más de doscientos libros de Toledo, en todos los idiomas; recientemente se ha hecho uno hasta en Esperanto, que también se refiere en parte a esta ciudad.

Una descripción detallada de todos ellos, de toda la literatura toledana, sería algo abrumador e imposible tarea por su extensión para los moldes de este trabajo. Bastará consignar con el convencimiento de las cifras tomadas y las comprobaciones hechas, que es Toledo la ciudad que ha dado origen a más publicaciones en todos los órdenes: libros, folletos y artículos en general.

No obstante esto, si nos interesa detallar las publicaciones más recientes relacionadas con el turismo, como son todas las de la Comisaría Regia, que suman una gran mayoría sobre las demás

que ha editado para otras ciudades: Doce ediciones ya, de la Guía de Cossio (folleto de una excursión a Toledo), traducida en varios idiomas; Catálogo del Museo del Greco; Ampliación del Museo del Greco; Nueva sala del Museo del Greco; El Greco; La Casa del Greco; El Museo del Greco; varias ediciones de «A buen Juez mejor testigo», la bellísima leyenda de Zorrilla; La Nueva Ronda; Toledo y su provincia, en inglés; varios itinerarios de visitas de Reyes y de personalidades, y varias publicaciones reservadas, algunas encargadas por S. M. el Rey.

Hemos de anotar también las publicaciones modestas, pero profusas y atinadas del Centro de Turismo toledano; folletos de propaganda en varios idiomas.

Igualmente consignaremos la revista «Toledo» con doce años de publicación, sólo dedicada a propagar la ciudad de su título.

V

Todo lo que se refiere al servicio hotelero.

Su desarrollo, su mejoramiento.

Factor importantísimo en el turismo es el servicio de hoteles, doblemente interesante, porque afecta a dos aspectos, el material y el espiritual. El uno y el otro, los resuelve un buen hotel para el turista y para la población donde está situado.

Un buen servicio hotelero rinde a la vez que pesetas, prestigio para una población; es ello, lo más grato, el complemento mejor de toda excursión, de un viaje cualquiera, por breve que sea.

Las ciudades de turismo y todas las grandes poblaciones extranjeras, cuidan preferentemente estos servicios, convencidas de que son el secreto de su éxito.

España preocúpase también de tal detalle, porque de él va obteniendo los debidos resultados. No basta con que la ciudad sea completa de atracciones y bellezas, es preciso que tenga buenos hospedajes.

Necesita que su servicio de hoteles sea excelente, digno de ella.

¿Corresponde a Toledo el que tiene?

Pregunta harto difícil de contestar, si se quiere analizar detalladamente, justamente.

Es indudable que por la categoría artística de Toledo, la primera ciudad española en este orden, debiera ser su servicio de hoteles lo mejor también; pero en fiel reflejo de la verdad no se puede decir, ni razonadamente puede ser, porque no hay medios económicos para ello.

Toledo tiene una cifra de turismo enorme, verdaderamente importante, como pocas, pero es un turismo especial; sus visitantes, en una proporción de un noventa y cinco por ciento o quizás más, sólo pasan el día; con el resto que vive el hotel, que hace la pensión completa, es imposible sostenerle.

Con almuerzos solamente, no pueden vivir los hoteles de gran categoría. Y esta es la realidad de Toledo.

No obstante, esto, prescindiendo de nuestros juicios, omitiendo nuestro criterio sobre estos servicios, creemos que la mejor respuesta de su calificación, de su altura, nos lo dicen los propios turistas, en los que volvemos a repetir no influyen solamente las bellezas de la ciudad, sino también la parte material de su vida.

Y Toledo, de día en día afirma su prestigio, y de día en día aumenta el número de sus visitantes, llegando a las cifras referidas que causan asombro. Las cifras de un año y de otro responden de sus hoteles, si no lo que los exigentes, los celosos entusiastas de Toledo quisieran que fueran, por lo menos lo suficientemente confortables y *bien* en general, para ayudar al desarrollo del turismo y conseguir su continuado crecimiento.

Otra realidad que se nos puede censurar si no la consignamos, es la de que son pocos los hoteles toledanos, y si no pocos, pequeños los que hay. Cierto que así es, pero repetimos la carencia de negocio en general, normalmente, por la también repetida causa de ser turistas de un sólo día, que no hacen más servicio que el del almuerzo.

Si Toledo, ciudad, se diera cuenta de ésto y quisiera atenderlo debidamente, procuraría que el turista hiciera noche, empezando por hacer hoteles, o lo que es lo mismo, subvencionando como fuera preciso esta industria.

No sería el primer caso; repetidas veces lo hemos visto en grandes casinos y centros, donde son subvencionados sus servicios de restaurant, y los resultados de ello son admirables. También en algunas ciudades del extranjero se subvencionan estos

servicios, o al menos se les ayuda no cobrándoles contribuciones ni cargas ningunas, y dándoles toda clase de facilidades.

En Toledo no ocurre nada de ésto, y así sufre las consecuencias; pero volvemos a repetir, que tal como están nuestros hoteles, ayudan al desarrollo del turismo.

¿Que podrían ayudarle mucho más?

Conforme, pero de momento es un hecho positivo, prometedor de ser mucho más, quizás en un plazo no lejano.

Su desarrollo a partir del 1909, es paralelo con el del turismo que ya hemos mencionado. Entonces y en aquellos primeros años sucesivos existían las conocidas y típicas posadas, multitud de casas de viajeros y cinco hoteles; después no ha habido más variaciones en esta estadística, que la transformación y ampliación de uno de ellos en el 1911, y la desaparición de otro.

Actualmente subsisten las mismas posadas, dos muy mejoradas convertidas en fondas, innumerables casas de viajeros o huéspedes, y sólo cuatro hoteles de todos conocidos, cuyas pensiones oscilan desde 10 a 45 pesetas, y los almuerzos de 6 o 9 pesetas.

Estos hoteles, con muchísimos años de existencia, que lógicamente siguieron las contingencias del turismo y que pasaron años medianos, malos, malísimos, en general una vida lánguida, disfrútanla hoy verdaderamente próspera.

Se han mejorado, se siguen mejorando, y lo que es más importante todavía, ofrecen un mejoramiento mayor y constante, producto del aumento de sus clientes, del lógico desarrollo del turismo, del que no pueden apartarse aunque quisieran.

Feliz y práctica realidad, que aún más gratas y prácticas las ofrece para el porvenir.

VI

Propaganda practicada en España y fuera de España, para el mejor conocimiento y atracción del visitante en favor de Toledo.

¿Qué mejor propaganda que los artículos de periódicos y de revistas, y los libros y folletos tan innumerables, a que nos hemos referido en el capítulo precedente sobre publicaciones?

Es éste, parte integrante de aquel capítulo, tan unido a él, que debiera ser uno sólo en el trabajo.

Por toda España han divulgado el nombre de Toledo estas ediciones, millares y millares, y lo mismo fuera de ella, también por miles y miles de publicaciones en todos los idiomas.

Pero no han sido sólo los libros, ni las revistas, ni los periódicos, los que han hecho la interesante propaganda en España y fuera de España; han sido también las postales, fotografías, las ampliaciones que han circulado y circulan por todo el mundo, una mayoría muy crecida editada por la Comisaría de Turismo, y otra también, particularmente, por el Marqués de la Vega Inclán.

Asimismo ha prodigado bastantes el Centro del Turismo de Toledo.

No se ha celebrado congreso ni exposición, aun muy alejada de España, donde no haya habido una instalación más o menos profusa, pero siempre interesante y sumamente práctica, de fotografías de Toledo; en las más importantes enviáronse grandes ampliaciones, con los debidos textos en el idioma de la nación en que tenían lugar.

Otro factor importante en estos últimos años, especialmente el pasado y el actual, ha sido la impresión de películas, con argumentos o simplemente de monumentos y paisajes toledanos, las que están proyectándose por todo el mundo, de triunfo en triunfo. ¡Toledo es tan conocido y cautiva tanto!

Al conjuro mágico de su nombre, la pantalla tiene la atención de todos los espectadores..... después, en el desfile por ella de bellezas y cosas toledanas, de monumentos y de escenas típicas en su ambiente singular, el entusiasmo crece hasta lo indescriptible, y esto en todos los cinematógrafos, en todos los círculos, en todos los centros culturales del mundo donde son proyectadas las películas.

Sirve también como propaganda y muy importante, la labor que los grandes artistas realizaron y realizan en Toledo, en temporadas a esta ciudad consagrados.

Los más afamados pintores han venido constantemente a trabajar a Toledo: El ilustre artista Aureliano Beruete, el viejo, acudía todos los años por el mes de octubre a pintar a ella; el gran Sorolla, también la visitaba con gran frecuencia para pintarla; igualmente el no menos notable pintor Gonzalo Bilbao, y como éstos, tantos otros de mayor o menor renombre, que después, al llevar-

se sus obras y exponerlas por todo el mundo, constituían la mayor atracción para Toledo.

Otros multitud de detalles, a cual más interesantes, incitan al turista a visitar la ciudad toledana, tan pródiga en bellezas.

El nombre de «Toledo» a un gran barco alemán; la reproducción, en otro norteamericano, del patio de la Casa del Greco; la construcción en Alcazarquivir, que ahora se acomete—por feliz iniciativa del Cónsul Sr. Carriga y el Juez Sr. Planas—de una Sinagoga, copiándola de la nuestra bellísima del Tránsito; la gran exportación de sus típicas y famosas producciones artísticas e industriales conocidas y apreciadas mundialmente, como sus armas, sus aceros, sus cerámicas, sus hierros de arte, sus mazapanes, sus albaricoques y otros varios productos; la constante reproducción de cosas y detalles toledanos en todo el mundo, contribuyen a la gran propaganda que de Toledo se hace por todas partes, con resultados tan admirables, con éxito tan brillante como merecido, que repercute en toda la nación.

VII

Consideraciones generales sobre las beneficios que el turismo reporta a Toledo en el orden moral, espiritual y material.

Después de todas las precedentes cuartillas, en las que hemos ido relacionando no sólo cifras de estadísticas y estudio de las mismas, sino también sus efectividades y sus resultados en los aspectos económico y espiritual, poco puede añadirse que no sea una repetición de ideas y hasta de conceptos.

Fueron también estas mismas consideraciones, objeto de un breve y obligado preámbulo como iniciación del trabajo, en cuyas preliminares palabras sintetizábamos estas notas finales que el tema nos pide.

Creemos que el mejor cumplimiento de ellas, será repetir aquellos conceptos.

Turismo es en Italia, mil quinientos millones de pesetas de ingreso anual. Turismo, puede y debe ser en España, una cifra aún mayor que ésta, y de ella obtener Toledo una gran parte.

Turismo es ya en Toledo, una efectiva realidad, comprobada en todos los aspectos.

La cultura artística en general de los suyos, aunque domine la indiferencia o la apatía en los más; el gran amor al Greco—culto de espíritus elevados—; el enorme prestigio mundial de Toledo, cada vez más afirmado; la constante admiración para él, de todos los pueblos y de todos los hombres cultos del mundo, y la enormidad de miles y miles de duros que en Toledo van dejando los miles y miles de turistas que le visitaron, repartidos entre todos los elementos mercantiles, entre todas sus fuentes de producción, demuestran los beneficios de esta realidad.

Turismo es, pues, en todos los aspectos, un venero eterno de oro, la fuente inagotable de riqueza, el admirable presente y el gran porvenir de Toledo, moral, espiritual y material.

Santiago Camarasa.

30 de julio de 1926.

TEMA XIII

Propuesta por el Excmo. Sr. D. Mauricio López Roberts,
Marqués de Torrehermosa.

Un cuento de asunto Toledano.

LEMA: Adorábilis in loco ubi steterunt pedes ejus.
(PREMIO)

Por el año 1560 vivía en Toledo Lorenzo de la Puente, «Maestro de hacer espadas», mesonero de buen mesón, aunque no tan afamado como el del Sevillano, cercano al suyo, maestro de la cera en San Nicolás, cobrador de tributos de la cofradía, hombre de buena letra y no mala cara, de inclinación picaresca y muy pagado de su arte; bastante marrullero y medianamente discreto; veedor no sólo en su oficio, que todo lo veía, aprendía y criticaba; donoso, socarrón y poco temeroso de Dios; amante de su mujer, no ya con yugo amoroso, pues ambos eran más viejos que mozos, sino de agradecimiento a los cuidados de ella y a su buena compañía y mejor consejo, en tanto trance desasosegado como padeció en su poco apacible vida, pródiga en inquietudes. Llamábase su compañera Ana del Campo, mujer avisada y discreta que jamás rió donaire de su marido, a quien, tirando de las riendas y oponiendo medida a sus sinrazones, libró más de una vez de cometer cualquier desaguisado, evitando en su casa presencia de la justicia, atemorizadora de conciencias turbadas y aun serenas. Indignaba a nuestro Lorenzo que le interpelaran como huésped, y a voces llamaba a su buena mujer, para que luego acudiese y atendiera a quien llegaba; y decimos que reputaba el oficio de mesonero, porque a todos decía que era sólo espadero y de los mejores. Hijas tenía y no decimos cuántas, pues

él no lo dijo nunca, ni aún que las tuviera, por estimar que era punto menos que deshonra no disfrutar de hijo alguno continuador de su buena fama de espadero, ducho como él en donaire, y a quien hubiera establecido holgadamente en la mismísima calle de las Armas, aunque para ello diera fin a los dineros suyos y de los cofrades, que en mala hora le eligieron mayordomo de los propios.

Trabajaba en un apartado zaquizamí de su propio mesón, demasiado ventilado en invierno y calurosísimo en verano; y tantas veces como propuso a su mujer establecerse en taller, ella, con buenas razones, convencíale de que tanto daba golpear hierro en un desván como en el propio palacio arzobispal, y de que sus espadas, ya afamadas, no habrían de venderse más ni mejor en otro lugar que allí mismo, donde tantos entraban y salían y admiraban su obra, que él se encargaba de ponderar y mostrar. Siempre andaba espada en mano, pues las acicalaba en el mismo patio, donde gentes de toda condición, curiosos unos y desocupados los más, iban a admirar la todavía no acabada hoja, que pulía, miraba y remiraba y hasta sometía (cuando entre gentes de tan abiertos ojos adivinaba alguna de no menos abierta bolsa) a duras y convincentes pruebas. Sin darse por advertido de curiosidad en quienes le observaban, doblaba hasta casi hacer un aro la hoja, golpeaba piedras, acuchillaba paredes y, si el caso lo requería, sacaba virutas de una argolla de hierro, sujeta a la pared, argolla que más se utilizaba, según podía echarse de ver por tanta mella, para aquel menester, que para el que pudiera estar allí dispuesta.

Este Lorenzo, de quien tanto hablamos, gozaba diariamente con la visita de un viejo espadero, que con su hijo venía al mesón. Padre e hijo llamábanse Tomás y Luis de Ayala, y ya el mozo aventajaba en el oficio al padre, a quien estaba llamado a suceder en la regencia del buen taller, que en la calle de las Armas competía con los más afamados y mejor dispuestos. Dos veces compadres eran Tomás el viejo y Lorenzo, que tuvo en la pila de la Magdalena a Luis el mozo, y el padre de éste a una de las hijas de Lorenzo. Luis andaba enamorado de la única que quedaba doncella; enamoramiento que ignoraban ambos padres, y aún podía creerse que la doncella misma, que así de recatado era el galán, como su adorada. Conformábase, al parecer, sólo mirándola y suspirando a ratos, cosa no advertida por los viejos espaderos,

que frente a sendos vasos de rubio vino de Yepes, departían hoy, de si la Corte quedaba o marchaba; mañana, de cuántas y tan diversas gentes poblaban la ciudad, encareciéndolo todo, y todos los días, de las cosas de su común oficio. Cierto que corrían tiempos, nunca recordados en Toledo, donde a la sazón todo pícaro tenía campo donde ejercer como tal; en que gentes de todas las tierras y de todas las castas entraban y salían, subían y bajaban; escuchándose las lenguas más raras y diversas; luciéndose los más extraños trajes y viéndose las más torcidas cataduras.

Marchaban a Zocodover al caer la tarde los dos viejos amigos, y en una hora que allí permanecieran, veían desfilar y se cruzaban con los tipos más distintos: menestrales y soldados; clérigos y magnates; mujeres de baja estofa; gentes de pueblos vecinos, venidas a una compra o a una intriga, que en un día no pudieron hacer y se quedaban a pasar la noche; una gran dama con su arriscada dueña; varios napolitanos, inconfundibles por su atavío; turcos, soldados borgoñones y walones; alguaciles, mozas de partido; embajadores y cortesanos; chiquillería gritadora; embozados; tal cual familiar del Cardenal Fray Bartolomé Carranza, preso a la sazón en Roma; dos comediantas, muy conocidas por sus vestidos y por sus desnudos; vendedoras de fruta; un orfebre exquisito; tal escritor insigne; un escribano de número; jugadores de ventaja; un pintor célebre....

Tal era el tráfigo y tan grande el afluir y refluir de la multitud mezclada y revuelta, que pronto tornábanse fatigados al mesón los dos armeros y Tomás uníase a su hijo, que hasta entonces y a la vista de Ana, conversaba animada y enamoradamente con Isabel la moza; que tan concentrado y silencioso como se mostraba ante su amada Luis el mozo, presente Lorenzo, era de locuaz y animado y amoroso, cuando sólo Ana era testigo de sus prudentes y respetuosas expansiones. Digamos ya que la madre veía con buenos ojos esta afición, y no determinada aún a ponerlo en conocimiento de su esposo, iban pasando los días y los meses con tal ocultación.

Poco o nada curábase Lorenzo de cuanto pudiera acontecer en este negocio, pues si pensó alguna vez en que su última hija llegara a casar, comprendió al punto que la madre evitaría malos pasos o torcida elección en la muchacha, bella como flor de Mayo, con rosas en sus mejillas, cielo en sus ojos, clavel y nácar en su diminuta boca y tan buen talle y proporcionada estatura,

que sería imposible sostenerla con nada más lindo que sus pies, ni coronarla con otro oro que el de sus cabellos.

Era el caso, que Lorenzo el espadero juraba y perjuraba que si las otras hijas habíanse casado con maridos de otro oficio, aunque ricos, su último yerno, para serlo, había de forjar una espada de tan fino temple como la mejor de las suyas, y de no lograrlo, con el fracaso de uno iría la oposición abierta del otro; que si no consiguió hijo, sí quería un yerno tan hábil espadero como él.

Sabido esto por el pretendiente, antes que dar a conocer su pasión, procuró adiestrarse en su oficio y trocaba la propia por otra espada de Lorenzo, y la tenía, estudiaba y probaba en su propio taller, volviéndola al siguiente día, cautamente y ayudado por Isabel, evitando así que Lorenzo conociera los frecuentes cambios.

Bien sabido está que tan difícil es ocultar el amor como el dinero, que el amante y el rico demuestran al cabo tales, por mucho tiento que pongan en disfrazarse.

Dicho esto, compréndese que llegó pronto la hora en que Lorenzo supo los callados amores de su hija y no los desaprobó, pues tras la sorpresa, vino el considerar las buenas partes del galán enamorado, la mejor, según pensaba, ser hábil espadero y muy capaz, si se lo proponía, de fabricar espada que hendiese hasta una roca. Tampoco Tomás de Ayala dióse por descontento al ser sabedor de aquel cariño, pues admiraba a la hija de Lorenzo, tanto por su serena hermosura, como por su humildad, dulzura y discreción, y más que, como viudo que era, ansiaba la presencia de una mujer sensata en su casa, nave sin timón, cofre sin cerradura, espada sin filo. Pero es el caso, que el diablo, que todo lo cambia y enreda, hizo un día llegar al mesón de Lorenzo el viejo a un lacio y curtido soldado, pendenciero de suyo, aunque decía que era vicio que le quedó de su rudo guerrear en Italia y en Francia; astuto como soldado que se bate y no cobra y tiene hambre y más sed; poco amigo del sosiego y un mucho de los azares del juego, tan semejantes a los de la guerra, donde lo que hoy se gana piérdese mañana, y, amador de toda mujer que se pusiera al alcance de su palabra fácil y mentirosa, y de su ya oscurecida y turbia mirada. Bronca la voz, por, según contaba, haber cruzado el Somme, agua al cuello, hablaba muy quedo, tratando así, de encubrir su defecto. Bien pronto hubo

de cejar en su empeño de enamorar a la hija de Lorenzo el viejo, pues sus donosuras cayeron como agua en cestillo, y su fuego lo apagó el frío proceder y la estudiada y firme indiferencia de la esquivia muchacha.

Una tarde en que el soldado y Lorenzo dieron buena cuenta de hasta cuatro jarros de vino de la tierra, confesó éste al primero los amores de su hija con Luis el mozo. Gran pesadumbre sufrió Diego de Vargas, que así se llamaba el nuevo personaje de esta historia, que parece cuento, pero hubo de disimular, tratando de escudriñar la conciencia del viejo Lorenzo. «Es el caso, dijole éste, que no tuve varón de mi matrimonio con Ana del Campo a quien ya vuesa merced conoce. Por cierto, señor soldado, que me he jurado a mí mismo no dar mi hija en matrimonio más que a un artífice tan buen sabedor del oficio de espadero como yo lo soy, mantengo y pruebo. Mis otras tres hijas casáronse ya, pero ninguno de mis tres yernos forjaría una espada, sino que tengo para mí que ni aun saben tenerla en la mano y eso que préciáanse de hidalgos.» «Hidalguillos de poco más o menos, repuso Diego, deben ser, si es cierto lo que usared dice, que si cosa hay en este mundo que por sí sola pueda representar la hidalguía, digo y afirmo que es la espada.» Y desciñéndose la propia y poniéndola amorosamente sobre sus rodillas, como a un tierno hijo su madre, siguió diciendo: «Tan cierto como estoy aquí sentado, y en este patio, es, señor espadero, que esta buena espada que aquí véis perteneció al capitán de mi compañía. En San Quintín tuve la honra de salvar su vida cuando luchamos con d'Andelot, Dandelote o como se llamara aquel francés. Sepa vuesamerced que mi capitán perdió su espada cuando peleaba contra más de cuatro enemigos, y siguió defendiéndose con otra que arrebató a un mal herido, que en tierra yacía; lo cual, visto por mí, hízome ir en su socorro con dos arcabuceros; buena cuenta dimos de quienes de tan mala manera le atacaban y hubieran de seguro muerto, y cuando arrebaté la vida al que luchaba con pie puesto sobre la caída espada de mi capitán, la alcé del suelo y me honré, ofreciéndosela; pero mayor fué mi honra cuando el capitán, tomando la mía ensangrentada, me expuso que se daría por muy satisfecho conservándola a cambio de la suya, que, como véis, es muy rica, bien templada y no peor enriquecida con estas labores y grabados, que juraría son de finísimo oro.» «Buena espada es, dijo cogiéndola y sacán-

dola de su vaina Lorenzo el viejo, aunque algo descuidada por lo que estoy viendo. No resistiría de seguro alguna prueba de las sufridas por las que forja este humilde servidor vuestro.» «Muy pronto lo decís, señor espadero, repuso Diego picado; esta espada es tan firme y de entereza tanta, como he visto en muchas ocasiones, que dudo exista otra que pueda aventajarla. Desde esta corta altura, añadió, señalándose la rodilla, dejándola a su peso y sin impulso alguno, agujerea hasta tres escudos, puestos uno sobre otro en el suelo, lo que no he visto hacer ni con las espadas del perrillo.» «Ta, ta, ta. dijo a esto Lorenzo; ríome en buena hora del perrillo que más ladra que muerde y aun del temple de vuestra espada», y, yendo precipitadamente donde las suyas tenía guardadas, volvió con una y sin decir palabra, dirigióse a una reja, que allí cerca había y dió sobre ella y sesgadamente a los barrotes tres buenos golpes. Agachóse y tomó del suelo algo de muy pequeñas dimensiones, y acercándose al grupo donde ya su mujer, su hija, Diego y algunos trajinantes, aguadores y otros curiosos estaban, dijo; «Ved, ved ahí, señor soldado, como está de limpia, lisa y nueva esta hoja que parece acabada de acicalar ahora mismo; y ved también estos cachos de hierro que perdió la barra al golpe de la espada.» Y empuñándola como un caudillo prosiguió: «La Peña de Udala tuvo en sus entrañas el metal tan bravo, mi maestría lo forjó y aguas del Tajo y gotas de mi sudor le han dado temple; digna espada del Cid o de Quijano, de Gonzalo o de Pizarro, dueños de corazones esforzados y de fuerte brazo; autores de empresas cantadas en romances, amos de la fama y señores de la gloria. Hasta la misma punta llega el latido de mi corazón y el alma fiera de esta tan recia hoja, es un rayo de sol capaz de hendir hasta el granito. No recité plegaria de embrujamiento al darle temple, pues bastóme la experiencia de mis canosos cabellos, tan plateados como este acero, brillante como la mirada de los héroes. No ya tres escudos, también cinco, pasará esta hoja y, diciendo y haciendo, echó mano a la bolsa y puso en columna sobre el enladrillado suelo los escudos dichos; tomó del pomo, levantó hasta sus ojos y soltó la espada, cuya fina punta atravesó los dineros, que presentó ensartados al asombrado grupo, en el que ya estaban Tomás y Luis de Ayala, llegados a tiempo de presenciar lo hecho por Lorenzo. Bien están las pruebas, dijo Diego y bien lo dicho por vuesamerced, a falta de una cosa. Dígala luego, señor

soldado, exclamó Lorenzo. Es ello, siguió Diego de Vargas que no es cierto, ni podrá serlo nunca, que esta espada taje, hienda, y ni aún arañe el granito sin embotársele la punta. Puede ser, pero yo prometo forjar una hoja tan recia, que a la piedra más dura sacaré pedazos. Siguió a éstas con otras razones, y a pesar de las buenas que le dieron para disuadirle de su empeño, su esposa, Tomás de Ayala, voto de calidad en la cuestión y hasta su hermosa hija, él persistió y propuso le señalaran piedra y le dieran tiempo. Apaciguáronse los ánimos, pero en el de Lorenzo quedó bien firme el propósito ya dicho. Bebieron unos vasos de lo añejo y todos juntos encamináronse hacia el brasero de la Vega por ver si era cierto que faltaban dos, de los seis palos con argolla, colocados para un auto del Santo Oficio de la Inquisición. Por aquellos años, es fama que había en Toledo muchos ladrones, que mandaban ahorcar los alcaldes de corte y justicias de la ciudad. No fué poca parte ésta de los ladrones, autores de grandes hurtos, ni tampoco pequeña la escasez y no buena disposición de viviendas y carestía de todo, para hacer que muchos cortesanos desearan la marcha de la Corte; aunque ya había llegado y sido recibida con toda pompa y alegría y danzas y desfiles y descargas y alegorías y mil suertes de invenciones artificiosas, torneos y comparsas, la reina Isabel. No era bastante la buena inclinación de las gentes, ni su buen deseo, para hacer olvidar ni aun menguar en algo sinsabores, estrecheces o cualquiera falta, desarreglo o desorden padecido por los cortesanos que cuando no había de qué, aquejábanse de calor y sequía, si no de mucho frío y grandes nevadas. Estas y otras cosas iban platicando nuestros amigos sin ser escuchada ninguna por Isabel y Luis el mozo, que marchaban ajenos a todo lo que no fuera darse a conocer su mútuo y gran cariño. No sabéis, Luis amigo, dijo la doncella, cuánto me preocupa y el temor que me da, la amistad y trato de ese mal llegado soldado con mi padre, a quien basta poco para sobresaltarse y cometer locuras. Tengo por seguro que construirá una espada con intención de cumplir lo que ha dicho y el no conseguirlo le dará gran pesadumbre, pues se tiene por muy buen espadero. Y que fracasará su intento es cosa descontada, pues ¿cómo ha de haber en todo el mundo espada tan dura, que pueda con la piedra sin sufrir mella ni deterioro? Y si no, decídmelo vos que sabéis bien el oficio. No creo, repuso el mozo, ni a vuestro padre ni a nadie, capaz de forjar la tal espada y por ello pienso que

vuestra buena madre debe tratar de todos modos de disuadirle para evitar mofa en menoscabo de su prestigio de persona discreta, y fracaso que menguará su buena fama de espadero.

Pasáronse los días, y al cabo de más de veinte, supo Ana del Campo, por su hija, que Diego apostara con Lorenzo quinientos reales. Hace ya seis noches, madre mía, que hube de escuchar desde mi aposento las palabras de mi padre y ese señor soldado que tanto viene a visitarle, aunque sé que no es sólo su compañía la que busca; pero voy a lo que importa. Me huyó el sueño de los ojos por la desazón de la calor y acerquéme a la ventana, y de allí ví cómo ese Diego y mi padre casi disputaban. Era ya más de media noche, y, en el silencio de ella, pude oír, a pesar de lo velado de la voz de ambos, cuanto dijeron; y ello es que, como siempre, andaban a la greña de si la espada hacía esto o lo otro o dejaría de hacerlo. Agrióse la conversación; pues ya sabéis, madre mía, cómo mi padre se pone de malhumorado cuando de este negocio se trata, y vino a apostarse con Diego quinientos reales a que partía pedazos de la piedra que éste señalase para la prueba; y ahora viene, madre mía, lo que me quita el sosiego y el sueño y me hace temer algún mal para mi querido padre. Y es, siguió diciendo a su desazonada y ansiosa madre, que la piedra de la prueba es la misma donde la Santa Virgen puso los pies y que sabéis está expuesta en la Catedral a la devoción de las gentes; cosa que Diego hace por creer, sin duda, atemorizar con el sacrilegio a mi padre y temer acaso que si es en otra piedra pueda perder su apuesta. Yo haré, dijo Ana sollozante, que tu padre ceje en su empeño, pues es tentar al cielo y éste ha de enviarle terrible castigo y a nosotras mismas si se lo consentimos. Salió en esto la prudente madre a avistarse con su esposo, que martilleaba, según oía, en el desván de forja, y llegando a él, con lágrimas en los ojos y el desasosiego en todo su cuerpo, le dijo que sabía su apuesta, que no hiciese caso del malhadado soldadote, exponiéndose a caer en pecado, que la Inquisición haría pagar con la horca o con el fuego y el cielo con el infierno. Dejad, amado esposo, esta cuestión y venid a razones y envidad enhoramala a quien se dice amigo y busca vuestra perdición y nuestro mal; bien veo que ignoráis el amor que confesó a nuestra hija, y el desprecio de ella quiere cobrarlo con el daño vuestro y de todos nosotros. ¿Por qué ha de ser esa,

y no otra la piedra para probar la espada, si no porque teme la forjéis tan recia que ganéis la apuesta? Comprended, Lorenzo, cómo obra de torcidamente y no déis ya nunca oído a sus malas razones. No temáis, Ana, dijo a esto Lorenzo, que me ocurra mal alguno, pues he de llevar a cabo la prueba de noche o al caer de la tarde, sin otro testigo que Tomás el viejo. Y fuérame más en mi empeño, el conocimiento del amor que por nuestra hija siente ese malvado, pues lo es, y tenéis razón, diciendo que busca mi afrenta en venganza de su desaire. Mas no será pequeño el mío si no lo afronto todo y aunque no quiero decir que no temo castigo divino, tampoco lo espero, pues mi intención no es de pecar, y si de dejar mi buena fama incólume. Repuso a esto Ana que su fama no habría de ganar ni perder en esta porfía, pues la falta de festigos traería silencio a su triunfo o a su fracaso. Con éstas y otras pláticas siguieron largo rato, comprendiendo al cabo Ana lo inútil de su intención de hacer desistir a Lorenzo. Comunicó a su hija la entrevista y decidieron al siguiente día, pedir consejo a Luis de Ayala, pues del padre de éste temían que antes aprobaría la decisión de Lorenzo que le disuadiera. Y así lo hicieron aparte, y comunicaron al galán todo lo ocurrido, el cual ya enterado, dijo: bien veo que en este negocio no hay modo de impedir que Lorenzo el viejo haga lo que se ha propuesto y creo dé lugar buscar el medio de que no se lleve a cabo el sacrilegio, ni tampoco quede como peor espadero de lo que cree ser. Cosas son éstas tan contrarias, que conseguir una es perder la otra, dijo Ana; a lo que repuso el mozo: estudiaré la manera de hacer una espada igual a la de Lorenzo en todo, pero con un artificio en su hoja, que permita a ésta esconderse encogiéndose dentro del puño, a modo de esas que emplean los pícaros de la pantomima, simulando atravesarse o tragar un estoque hasta la cruz. No será esta buena salida, dijo Isabel, que al ver la piedra libre de golpe y deterioro caerán pronto todos en la cuenta del engaño; más vale que la hoja se quiebre en pedazos, como ocurrirá si se atreve mi padre a esgrimirla contra la sagrada piedra, y por si no cumple a Nuestra Señora hacer este milagro, pienso que lo más acertado es que la espada fabricada por vos sea de pobre temple para no aguantar sin quebrarse el choque. Yo misma habré de cambiársela después de probada la que mi padre forje y si no advierte el engaño al pronto, no lo sabrá nunca de turbado que quedará si ve la que cree tan recia espada hecha mil

pedazos que podéis recoger vos mismo, para evitar, si duda, que luego los remire y sopesé y pueda comprender el fraude.

Mostráronse conformes Ana y el mozo con este recurso, y ya pasados varios días que empleó Lorenzo en su obra, pero ocultando de todos su trabajo, tanto como antes lo mostraba, pudo Luis penetrar en el aposento del viejo, aprovechando una corta ausencia de éste y vió hasta cuatro hojas iguales de tamaño y forma, sin desbatar aún, pero muy bien forjadas y sin pelo, grieta ni falta ninguna; tomó las medidas de la espiga a la punta y al no ver guarnición ni monterilla de empuñadura preparada, comprendió que aún ño había fabricado otra cosa que las hojas que a su vista tenía. Salió tan cautelosamente como entrara, y convino con las mujeres en que le darían aviso del momento en que comenzara el viejo la empuñadura, para él hacerse otra en todo semejante.

Ni el paso del tiempo, ni el olvido, ni el cambio de costumbres resta valor a aquello que el genio creó, poniendo en la obra más espíritu que materia. El perdurar eterno de las almas, lleva consigo la vida eterna también de sus obras. Y en ningún lugar puede comprobarse esto como recogiendo el ánimo bajo las austeras al par que graciosas naves de la Catedral de Toledo. El amante de las artes, por serlo, el profano, por conocer lo que ignora, el extranjero, el creyente o el ateo, todo el que sienta hondo, se ha de sobrecoger de admiración ante una obra en la que en cada piedra hay hálito de vida, latir de corazones devotos, murmullo dormido de plegaria, rastros de sudores, pátina de siglos, evocación de milagros. La imaginación no reposa, movida por tanto recuerdo, espoleada por el ansia de comprender cuanto la vista alcanza, la memoria viaja sin cesar y la quietud y el silencio no son de tumba, sino de mar en calma; allí reina la muerte, aquí la vida, aunque no se percibe al pronto. ¿Y cómo no ha de latir vida si dedicaron y consumieron la suya tantos artistas de la pintura, de la escultura, orfebres, vidrieros, marmolistas y rejeros? La contemplación de tanta maravilla, trae al ánimo absorto las más variadas impresiones. Mármoles de todos colores, esculpidos formando las más caprichosas tallas y figuras;

plata labrada en lámparas, imágenes y altares; lienzos y pinturas murales de gran belleza, verjas que agotaron una vida en su forja, retablos espléndidos, encajes de piedra, hornacinas y relieves, tumbas en lo alto y en el suelo, y todo tan armonioso siempre, igual bañado por la luz, como de iris del sol atravesando las coloreadas y maravillosas vidrieras, que a la mezquina y oscilante de una lámpara de aceite; y como sus reflejos, van los ecos de los cánticos y rezos amorosamente a extinguirse, después de resbalar, besando la faz de piedras, mármoles, tallas y hierros, igual que las espiras del humo del incienso. La rugosa mano de los siglos lo ha suavizado y unido todo, de manera que cada cosa da idea de no tener mejor lugar donde asentarse y lucirse que el suyo, y allí no hay juntura ni grieta por la cual se escudriñe dónde empieza y acaba el mármol o la piedra o la madera o el hierro, que todo parece un sólo material acarreado y dispuesto por manos de ángeles; y así resultan las partes como el conjunto, tan armonioso, homogéneo y bien acondicionado, tal que en las mismas entrañas de la tierra están de unidos estrechamente la plata y el oro con la piedra, la piedra con la tierra, la tierra con la raíz y todo con la armónica disposición, con que lo repartió y compuso la mano de Dios.

.....

Ha terminado el coro; los canónigos y prebendados pasan a la sacristía, despójanse de sobre pellices y luego salen por las puertas de la Chapinería y del Niño de La Guardia. Quien reza dá fin a su plegaria, vánse los curiosos, escúchase chirriar de cerrojos y lento arrastrar de pesadas puertas; la hora del Angelus se acerca y las últimas claridades del día esfúmanse lentamente, semejando acojerse a los rincones y allí ocultarse. Los pertigueros pasean por el templo sigilosos.

Alguien susurra un rezo no se sabe ya dónde, y este rumor se borra con el producido por las pisadas de tres desconocidos; aproxímanse al lugar donde se venera la Santa Piedra; dos miran a su alrededor; el otro abre su capa y asoma su brazo empuñando recia espada. Hay un instante de quietud en los tres personajes. El armado da una estocada que no produce ruido ninguno, y al momento se oye el de caer como de cristales. La espada se ha quebrado en pedazos. Luis el mozo, Ana e Isabel anhelantes se aproximan a los desconocidos y la prudente Ana habla:

De nada sirvió que descubrierais el engaño nuestro y trajérais la espada forjada por vos mismo. Tanto vale una como otra para el menester en que queriais emplearla. La Virgen os perdona y su Divino Hijo. Ahí está la Santa Piedra y en ella hicieron mella las manos de los fieles que se acercaron fervorosos. Más dura es la piedra que sus manos, y no éstas, sino aquélla, es la que perdió, en el contacto, polvo divino que dejó sobre la humana carne. Ni un rasguño ha sufrido de tu espada. Toca y ve estas señales que tiene; pero toca con fe y con amor, con el corazón puesto en Dios; que esta Santa Piedra es emblema de fe, y tan sólo piadosos fervores la hienden y horadan.

¡La Virgen nos perdona y su Divino Hijo!

Mariano Campos Retana.

La Virgen de los Alfileritos.

LEMA: Fe y amor.

(MENCIÓN HONORÍFICA)

Entre el confuso laberinto de calles del Toledo romántico, hay una muy visitada por extranjeros y turistas. Es la «Calle de los Alfileritos». A primera vista, nada tiene esta calle que no pueda encontrarse en otras muchas de la Imperial Ciudad. Es angosta, desigual, tortuosa y lóbrega, como tantas de Toledo, y como casi todas, tiene el aire señorial y de nobleza, que le prestan sus blasones y escudos de piedra, que campean con gallardía en las bellas portadas renacentistas de las viejas casonas. Únicamente, al terminar la calle, hay una nota de mística poesía. Colocado en un nicho, que existe a poca altura de la acera, hay un retablito barroco, con una pintura en que se representa a la Virgen de los Dolores. Una reja, provista de tela metálica, protege el improvisado santuario, al par que facilita al transeunte la contemplación de la imagen y el que pueda depositar sus ofrendas y limosnas. Y un tejadillo de madera, parece destinado a defender de las inclemencias del tiempo a la persona que se detiene para rezar ante la Virgen, que se anuncia al viandante con encantadora sencillez, por la inscripción cobijada bajo su clásico tejadillo: «Mater Dolorosa».

Cuando por vez primera pasé por esta calle, me llamó la atención, al contemplar la imagen, el sinnúmero de alfileres, que alternando con algunas monedas de cobre, yacían esparcidos en el fondo del nicho en que se halla la Virgen. Quedé pensativo ante tan singular ofrenda, pues desconocía su significado e intención. Pero cuando me hallaba más absorto, vino a sacarme de mi ensimismamiento la caída de un nuevo alfiler en el interior del pequeño santuario, a donde acababa de lanzarlo una delicada

mano femenil. Era una linda muchacha toledana, de faz morena y de rasgados ojos, que me lanzó, al volverme, una ruborosa mirada acompañada de una grácil sonrisa. Dejéle mi puesto, tras un saludo respetuoso, para que se aproximase a la imagen, y yo me detuve silencioso como un homenaje a su belleza. Hizo ella como si rezara, y aun puede que lo hiciese, y cuando intentaba marcharse, interrumpiendo la muda escena, la detuve yo con un ademán de cortesía, para preguntarle qué significaban aquellos alfileres esparcidos ante la imagen de la Virgen.

—¿.....?

—Eso todo el mundo lo sabe. Y a buen seguro que usted también, sino que quiere distraer sus ocios haciéndomelo decir a mí.

Dije yo entonces que era forastero y que jamás la fortuna me depararía otra ocasión más feliz que aquélla, para oír de tan divinos labios lo que desconocía y deseaba de todas veras saber. Y al oír, tal, aquella belleza toledana, con todo el candor de sus años juveniles, y tiñéndose sus mejillas del más puro carmín, me dijo que aquellos alfileres que tenía la Virgen eran ofrendas que hacían las toledanas para que les concediese un buen esposo. Dibujóse en mis labios una sonrisa de piadosa incredulidad, y antes de que pudiese proferir palabra alguna, hubo de atajarme así mi linda desconocida:

—¿Qué, no lo quiere creer? ¡A cuántas ha casado en Toledo esta Virgencita!... Pero, en fin, yo tengo prisa, porque ahí llega mi abuelo, a quien me adelanté para venir a rezarle a la Virgen. Si quiere usted saber lo que puede esta Virgen, mi abuelo podrá contarle una historia, que cuando la conozca usted, le ayudará a comprender cuanto le he dicho.

Y aquí llegó el abuelito de aquella sílfide del Tajo, y tras la presentación, y después de ofrecerle mis respetos, solicité de su bondad el que me refiriese aquella historia, que ya me había anticipado la muchacha. Accedió gustoso el viejecillo, no sin antes reír de buena gana por la ocurrencia de la nieta, y todo cuanto me contó, os lo traslado aquí, como él lo dijo.

*
* *

No lejos de la «Virgen de los Alfileritos», en el típico callejón de los Gigantones, vivía, en tiempos, Marta, joven huérfana de una belleza delicada y espiritual, que atesoraba, además, esa

bondad sin límites y esa resignación suprema, propias de las almas superiores, únicas que aciertan a pasar por la vida sin odios y sin amargas.

Sólo poseyendo ese temple espiritual puede explicarse el que la joven, tan buena como desgraciada, sobrellevase con cristiana humildad, y hasta con alegría, la carga que le había impuesto la vida, pues desde hacía tiempo había quedado sin madre y al cargo de dos hermanitos menores, a quienes procuraba el sustento, con su trabajo, y atendía a su educación con singular esmero.

El padre de Marta, deslumbrado por la leyenda áurea del nuevo mundo, por entonces todavía inexplorado, partió para América, ávido de fortuna, cuando la niña contaba pocos años. Al principio debió de sonreírle la fortuna, pues así lo dejaban entrever sus noticias con los envíos que hacía a la familia; pero todo esto hubo de cesar, al cabo de algún tiempo, terminando por no saberse nada de su paradero.

Pobre y triste quedó Marta en el mundo al perder a su madre. Sin embargo, dos cosas alientan su existencia y la estimulan a vivir. Una, es la tierna esperanza de volver a ver a su padre, a quien llora muchas veces por muerto. La otra, la constituyen aquellos desdichados hermanitos, cuya custodia y amparo le encargara, suplicante, su madre moribunda. Y así, el yermo de su vida, convertíase en espléndido vergel, fecundado por el hálito divino de una esperanza y de un amor.

Sufre y trabaja la huérfana en aras de un santo ideal, sin que el lujo ni el fausto mundanales la deslumbren, ni la serpiente insidiosa de la vanidad y del pecado, vierta en su alma virginal la ponzoña que aniquile su virtud. Era, en medio de la pobreza y del abandono, como la gaviota, que después de desafiar intrépida las tempestades de aquel mar proceloso de la vida, surgía, del revuelto oleaje de las pasiones de aquellos tiempos, con la inmaculada blancura de la inocencia y el candor. Caballeros e hidalgos, galanteadores de oficio, hubo en Toledo, que pusieron a prueba, en repetidas ocasiones, la incommovible firmeza de aquella beldad toledana. Pero ni el oro de sus escarcelas, ni la música engañosa de las palabras, juramentos y promesas, que desgranaban en su oído los taimados galanes, lograron apartarla del camino emprendido, que aunque sembrado de abrojos, transformábase en una senda florida con el trabajo y la honradez.

Pero llegó un invierno cruel, como tantos inviernos toledanos. La nieve cubrió las calles de la ciudad con un blanco y espeso sudario. Las torres y espadañas, cúpulas, agujas y cesterías de sus vetustos monumentos y edificios, destacando en un cielo plomizo su nivea blancura, daban a Toledo el aspecto imponente y fantástico de un ingente mausoleo. No transitaba un alma por las angostas calles toledanas. La nieve, con su estéril belleza, imponía a la ciudad un lúgubre silencio y un tétrico quietismo. El tráfico había paralizado su aleteo vital, y el trabajo, alma y vida de los pueblos, huyó también de la histórica ciudad aquellos días.

Marta, refugiada con sus hermanos en su pobre vivienda, veía, asimismo, agotarse sus últimos recursos con el trabajo vivificador que huyó de aquella casa con el frío. Nadie llamaba a su puerta para darle trabajo. Aquellas veladas en que rodeada de sus hermanitos, trabajaba con fe y con ahinco bordando con primor jubones, ferreruelos y dalmáticas, se habían transformado en horas de tedio interminable, hijo de la forzada inacción. «¡Paciencial—decía siempre ella—; las penas alternan siempre con las alegrías, como las estaciones se suceden en el año.» Y al mismo tiempo, al recordar las fábulas que solía referirle su madre, cuando niña, acababa por pensar: «Tengamos firmeza. El caracol llegó a escalar la altura inaccesible del águila, arrastrándose paciente días y días. Y la araña, tenaz, reconstruye en seguida la tela que le arrancan. Yo seré como ellos, pues no hay trabajo que con virtud y constancia no alcance recompensa.»

Mas el trabajo, que tanto ansiaba la huérfana, no llegaba y el invierno seguía, implacable, desencadenando sobre Toledo sus rigores. Un día angustioso, en que Marta no tenía ya pan que dar a sus hermanos, devanaba sus pensamientos detrás de los cristales de su reja. Un viento glacial traía en confuso torbellino los copos de nieve, depositándolos con extraña simetría entre los barrotes de la reja. La joven miraba con tristeza las cuajosas vedijas de la nieve, como si cada una de ellas fuera un coágulo de amargura que se depositase en su alma. No había salvación; sus deseos y su voluntad se estrellaban y crujían, como débiles cañas, ante la férrea armadura del destino. Fija su vista en la entrada del callejón, descubrió la figura de Crisanta, una vieja parlera y ladina, que bien pudiera pasar por una de las Parcas, en cuanto a su físico, pero que a pesar de su repugnante figura,

llevó al alma de la huérfana un rayo de esperanza, que disipó por un instante sus tristes augurios.

Era esta vieja la providencia para Marta, pues sin saber de qué modo se las componía, era siempre la encargada de llevarle abundante quehacer, que según ella, le proporcionaban los más grandes señores de Toledo. La joven estaba muy agradecida por las asiduidades de Crisanta, quien pagaba además con suficiencia el trabajo que llevaba. No es de extrañar que en aquella ocasión viera la muchacha el cielo abierto, al acercarse a su reja aquella trotaconventos. Abrió rápidamente los cristales, pero pronto se convenció Marta con dolor, de que aquel día, la vieja, no traía su acostumbrado hatillo con la labor.

—¡Qué largos se me han hecho los días que he esperado su visita, Sra. Crisanta! Y, al fin, no me trae hoy labor vuesa merced.... ¡Dios me proteja!

—No hay que apurarse, hija mía—dijo la vieja—; cierto, que los tiempos andan malos, y el trabajo escasea, pero para los querubines como tú, siempre habrá medios cumplidos de salvar cualquier situación embarazosa....

La joven miró con fijeza a la harpía, sin penetrar en la intención de las palabras que acababa de pronunciar. A las cuales añadió la taimada vejestorio:

—Precisamente, venía a decirte hoy, que no te puedo traer ya más tarea, porque....

—¿Quizá no gustó lo último que hice?—interrumpió la huérfana.

—No se trata de eso, ni mucho menos. Es que yo prometí servir en cierto negocio de amor, relacionado con tu sin par belleza, a un galán, muy señor y de muchos doblones. Pero la verdad, hija, el caballero tiene ya abarrotado su guardarropa de ferreruelos y jubones, que tú has bordado, a cada uno de los cuales correspondía un billetito amoroso, que yo debía hacer llegar a tus manos, pero que yo no te entregaba, conocedora de que eras una esfinge. Agoté los pretextos, con las ocasiones que se han sucedido, sin que ese bendito señor, logre de tí una respuesta a sus pretensiones. Y hoy ya púsome fin a sus dádivas, si no te entregaba este papel, que para mí es la vida, porque mi bolsa anda ya más ayuna que vientre de dómine.

Dejóse caer con desaliento la joven sobre los barrotes de la reja, mientras rechazaba con dignidad el papel que le largaba la

Lope de Cepeda. Pero venís, quizá, de lejanas tierras, y, por lo que veo, cansado y aterido de frío. Yo soy pobre, señor, pero os ofrezco un albergue, limpio y honrado, aunque sin pan.

—Que soís cristiana y de corazón noble, bien lo pregonan vuestros hechos y palabras. Dios os lo premie. Pero, ¿por quién rezábais tan contrita que no sentisteis cuando me acerqué?

—Rezaba por mí y por los que me hacen mal. Hoy es un día aciago para mí. No tengo trabajo ni pan que dar a mis pobres hermanos, a quienes sustento y dirijo desde que perdí a mi madre y dejé de saber el paradero de mi padre, que años há, marchó a América en busca de fortuna. ¡Oh, si mi padre viviera aún!... Yo no pierdo la esperanza de saber de él. La Virgen de los Dolores, en quien tengo puesta toda mi fe, me asegura que sabré noticias de mi padre.

—¿Y no hacéis ninguna ofrenda a la Virgen, niña angelical?

—Señor, tan pobre soy, que no puedo ofrecer a la Virgen más que un corazón puro, traspasado por el dolor, y este mísero alfiler que sujeta mi velo.

—No importa. La felicidad llega a nosotros si se persigue con fe y con amor, por nimias que sean las ofrendas.

Y Marta, mirándose en los ojos de aquel hombre joven, de suaves facciones y acento persuasivo, deslizó en la hornacina de la Virgen su alfiler, con la misma fe que si obedeciera a la palabra de Dios.

Alejóse el peregrino por la estrecha y torcida calle toledana, mientras la joven seguía sus pasos con la vista. Y ella también dejó a su virgencita para buscar, ya más esperanzada, el sustento de su pequeño hogar.

Anduvo horas enteras por Toledo, arrostrando los rigores de una noche infernal, de nieve y de granizo. Mas en vano, porque todas las puertas se habían cerrado para ella. Sin embargo, se sentía más animosa que nunca; lucharía con brío y vencería.

Algo había de divino en las palabras de aquel desconocido peregrino: «La felicidad llega a nosotros si se persigue con fe y con amor.»

Y al penetrar aquella noche en su casa, pensando en la triste situación de sus hermanitos, vió con asombro cómo éstos le mostraban su mesa llena de viandas y un bolsillo, con dinero, que, en su ausencia, había dejado un criado desconocido. ¿Era la Virgen quien así le pagaba, con creces, la ofrenda del alfiler?

Marta así lo creyó, y prometió con emoción de cristiano fervor, repetir la ofrenda de aquel atardecer.

* * *

Era D.^a Aldonza, la hija de D. Lope de Cepeda, una muñeca mimada, caprichosa, displicente y llena de vanidad. Su belleza, que no era escasa, hubiera resaltado más, a no verse deslucida por sus cualidades morales, que la deprimían tanto, cuanto más crecía su altivez. Esto explica, también, el que ninguno de los caballeros toledanos, en condiciones para ir al matrimonio, quisiese unir su suerte a la de aquella Circe toledana. A más de que se decía por Toledo que, a pesar del aparato y fastuosidad que desplegaba la noble doncella, tenía asaz mermado su patrimonio, porque D. Lope, su padre, había sacrificado gran parte de su hacienda en figurar en la Corte.

Lo que sí se sabía con certeza, era que D.^a Aldonza cifraba todas sus esperanzas en unirse en matrimonio con un doncel, primo suyo, que años há había partido con un buen cargo para América, en busca de mayor fortuna que la que podía depararle la Corte de España. El sueño dorado de D.^a Aldonza era su casamiento con el primo. Pero, ¡ay!, que hace algún tiempo que la niña está preocupada, porque su anhelado futuro ya no expide correos, como antaño, y siente que su presa se le escapa. Y como ella es creyente, a su manera, y es de carácter ostentoso y vano, tiene fe en aquella Virgen Dolorosa de su calle, pero ejercita la piedad como el fariseo de la parábola, depositando en la hornacina de la Virgen ofrendas en dinero y cuando hay más personas que la atisban. Aldonza, busca un marido por mediación de la Virgen, y cree obtenerlo más pronto, pagándolo a más precio.

La noche antes había llamado a su puerta un peregrino, a quien D.^a Aldonza, trató con el mismo desprecio con que acostumbraba a hacerlo con todos los inferiores. No quiso atenderle ni escucharle, y terminó arrojándole de su casa con los criados. Lo único que le preocupó a nuestra damisela, altanera, fueron las últimas palabras del peregrino: «Me excusáis, señora, el daros el encargo, tan decisivo para vuestro porvenir, que de lejanas tierras traía. Quedad con Dios, puesto que rehusáis lo que tanto habéis anhelado. ¡Lástima que una belleza como la vuestra no se vea realzada por el aderezo de la humildad!» Un sueño cruel la

atormentó en su lecho aquella noche: su primo regresaba de América cargado de oro, de pedrería y sedas; trae un galeón que es un tesoro. Pero llega a Toledo, pasa ese tesoro ante los ojos de D.^a Aldonza, y se desvanece todo como el humo. Ni el tesoro ni el primo es para ella.

Lo que tardó en llegar el día, tardó D.^a Aldonza en echarse a la calle para ver a la Virgen y reiterar sus ofrendas interesadas. Muy de mañana visitaba también el santuario de la calle de Alfileritos, Marta. Allí se encuentra contrita y jubilosa, pues también ha soñado que la felicidad se acerca, al fin, a ella. Su padre le envía un tesoro, que pone en sus manos un mancebo apuesto y gallardo. El amor ha llamado, en sueños, al corazón de la huérfana. Ya reza con fe y con amor, como le dijera el peregrino.

Cuando mayor era el arrobamiento con que rezaba Marta a su virgencita, se acerca D.^a Aldonza, anhelante por depositar su ofrenda, cuanto antes, en el santuario. Bruscamente separa a la huérfana de la reja. ¡Cómo estorbarle el sitio aquella miserable criatura! Pero Marta no renuncia a depositar su humilde ofrenda, el mísero alfiler, y lo introduce por la rejilla, mientras Aldonza, con risa burlona y llena de altivez, arroja a la imagen una moneda de oro, diciendo:

—¿Crees, infeliz, que con tan mísera ofrenda te harás oír de la Reina de los Cielos? Muy lejos está el día en que sea atendida tu demanda.

—Señora, un alfiler vale todo el oro del mundo, cuando lo ofrece un pobre con toda la fe de su alma y con todo el amor de su corazón.

Cortó la escena una mirada desdeñosa de la altiva heredera, en tanto que la huérfana introducía en la reja un nuevo alfiler, resignada y contenta, y volvía a rezar como el publicano de la parábola, mientras se alejaba Aldonza, sin poner nada de su corazón, y esperándolo todo de sus dádivas.

.....

.....

Pasaron algunos días después de esta escena. Durante todos ellos, un criado de rica librea, fué llevando a Marta y a sus hermanos viandas, dinero, vestidos y otras muchas cosas, de parte de su señor, que no se había dado a conocer.

Habían cesado los rigores del tiempo en los pasados días. La nieve abandonó a Toledo, y al cielo plomizo substituyó el puro

turquí de la hermosa bóveda, que cubre de ordinario a la legendaria ciudad. En un atardecer de rosas y nácar, en que el sol se había despedido envolviendo en ascuas de oro los venerables y artísticos monumentos de la Imperial Ciudad, Marta soñaba detrás de los cristales de su reja. Su plácida existencia realizaba su hermosura, pareciendo, al envolverla la luz crepuscular, una Virgen del Tiziano. El ensueño iba a trocarse en la más bella realidad.

Un confuso rumor, con el que se mezclaban las exclamaciones de asombro de los vecinos, sacó al fin a Marta del dulce arrobamiento. Y un lucido cortejo de criados, con ricos presentes, avanzó hacia su vivienda, mientras de una espléndida carroza se apeaba un caballero, ricamente ataviado, joven y gallardo. Pide licencia a Marta para penetrar en su vivienda, y ella accede confusa y llena de rubor, sin acertar a explicarse la presencia de una visita de tan alta alcurnia. Pero aquel caballero de tan extraordinaria apostura y bizarría, le dice que viene a hacerle entrega de un tesoro que le pertenece a ella, porque fué de su padre, fallecido en América, quien le encargó que lo pusiese en manos de su hija, en Toledo. Y como el caballero se encontraba obligado al padre de Marta, por haberle salvado la vida allá en las Indias, prometió velar por su hija, como homenaje de gratitud.

Fuó de ver la algarazca y las aclamaciones de entusiasmo de los vecinos, que habían invadido la vivienda de Marta, al escuchar tales manifestaciones. No era esto de extrañar, pues la muchacha cautivaba a quienes la conocían por su belleza y su vida ejemplar. Ella no daba crédito a cuanto oía ni veía, llegando su turbación al máximo con aquellas pruebas de afecto que le tributaban. Cuando se hizo el silencio, el gentil caballero se dirigió de nuevo a Marta, y dijo así:

—Ahora, hermosa niña, yo me atrevo a pedirlos, a cambio de este tesoro que os entrego, otro, que sólo está en vos el concedérmelo, pero que para mí vale por todo el oro que se oculta en las entrañas de la tierra, puesto que es mi felicidad. Poseo el oro y la plata de los más ricos filones de América, con las piedras preciosas más estimadas de aquellos remotos confines. De todo ello dejé repleto un galeón, anclado en Lisboa. Pero todo eso nada vale comparado con el tesoro de vuestro corazón, del que desearía yo ser dueño. Hace algunos años comenzó para mí, en Toledo, el prólogo de un amor. En él creí hallar mi felicidad

futura, y para conseguirla, trabajé con fe y sin descanso lejos de mi patria. Pero como el amor es niño y no sabe dónde se posa, fué a dar en el vacío y yerto corazón de D.^a Aldonza de Cepeda, mi prima. Allí, el amor cedió a la vanidad; y mi desprecio siguió por fin a la ilusión primera. Yo, que era peregrino de la dicha, me detuve una tarde ante la Virgen, que es quien tiene en su mano la de todos los hombres. Ella me dijo, presto, dónde estaba la dicha verdadera, poniendo ante mis ojos la belleza y la humildad, reunidas en esta hermosa niña, que le pedía a aquella Dolorosa un poco de consuelo a sus tribulaciones. Ningún instante más propicio para unirse las almas que cuando sufren, y desde entonces, consideré unida la mía a aquella mujer que me brindó, para curar mis heridas morales, el bálsamo de la caridad contenido en un corazón puro y sencillo. Desde aquel día, el amor que comencé en Toledo, entró para mí, dentro de un venturoso epílogo.

Calló el caballero y prosiguió un silencio emocionante. Marta pensaba, en tanto, en aquel peregrino que la detuvo delante de la Virgen de los Dolores, y en las ofrendas de humildes alfileres que siguieron a aquella entrevista. La felicidad llegaba tras de perseguirla con fe y con amor.

Interrumpió el mutismo el caballero, y con voz arrogante y sonora, hubo de decir:

—¿Queréis, Marta, ser la esposa de D. Alvaro López de Cepeda?

Marta, entonces, asintió ruborosa a la pregunta, pero con el alma alborozada, al reconocer en D. Alvaro al apuesto mancebo que hubiera visto en sueños días antes.

.....

La boda de Marta con D. Alvaro se celebró al poco tiempo con extraordinario esplendor. Varios fueron los días de fiestas y regocijos públicos en Toledo, con ocasión de tal acontecimiento, que despertó, en algunas, la emulación y hasta la envidia. Las muchachas toledanas de la época de Marta, ansiosas de felicidad y de un buen esposo, siguieron ofreciendo también alfileres a la Virgen de los Dolores, por si repetía la suerte con alguna de ellas, y desde aquel entonces, comenzaron a llamarle a la imagen «La Virgen de los Alfileritos».

Dicen, también, que D.^a Aldonza de Cepeda profesó en un

convento de Toledo, el mismo día de las bodas de D. Alvaro, y que la ceremonia fué tan pobre como la de la más humilde novicia. Fué, además, tan enorme su transformación espiritual, que resplandeciendo por su humildad, talento y virtudes, llegó a ser años después, la Abadesa del monasterio en que profesara. Y, cuentan, asimismo, que en sus ratos de buen humor, solía decir a sus compañeras de clausura, que sentía una gran devoción y un profundo agradecimiento por la Virgen de los Dolores, porque había tocado, con la gracia, su cozazón y le había deparado el mejor esposo: el Divino Jesús.

Ignoro si las toledanas de hoy conocen este cuento, y, por tanto, si su ejemplo las impulsa a depositar sus alfileres ante la Dolorosa de la calle de los Alfileritos; pero la fe y el amor, que son de todas las épocas, y que aún residen, por fortuna, en Toledo, llevan todavía a algunas a buscar sus esposos futuros con la intercesión de la Virgen, mediante la ofrenda previa de un alfilerito.

Ismael del Pan Fernández.

Certamen literario

que celebrará esta Real Academia, en el mes de Junio del año actual.

en conmemoración del

III Centenario del nacimiento de Felipe II.

La Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, desarrollando el plan cultural que, en diversos aspectos, previenen sus Estatutos, no quiere interrumpir la labor comenzada en las primicias de su vida académica, de conmemorar las efemérides que evocan gigantescas figuras de la Historia, tanto más sugestivas para nosotros cuanto más se relacionan, los personajes y acontecimientos por ellos realizados, con la existencia de la urbe toledana, enriqueciendo por modo singular sus interesantes anales. A excelsas personalidades como Cisneros, Baltasar Elisio de Medinilla, Alfonso el Sabio y Teresa de Jesús, esta Real Corporación tributó, oportunamente, debido homenaje, ofrenda que, aunque modesta y sin provocar gran resonancia, no cedió en entusiasta devoción a los más fervorosos panegiristas de aquéllos.

En el momento actual entiende esta Academia que no debe preterir la memoria del sucesor de Carlos V en España, por lo mismo que la vesania de ciertos escritores, inspirados en el odio sectario que les infundiera la herejía luterana, llegaron a forjar una negra leyenda en derredor de tan egregio monarca como Felipe II; si bien, por fortuna, en la época contemporánea, la crítica histórica, tanto nacional como extranjera, volviendo por los fueros de la verdad, ha hecho justicia al Rey Prudente.

Con objeto, pues, de solemnizar el IV Centenario del nacimiento de Felipe II, que tuvo lugar el día 21 de Mayo de 1527, esta Real Academia ha acordado promover un Certamen literario, adjudicando el premio, que luégo se dirá, al autor del mejor escrito que, a juicio del Jurado, se presente; cuya recompensa se debe a la dignación del Excmo. Sr. Duque de Alba, el cual, honrando, desde hace tiempo, a nuestra Corporación con el título de Académico correspondiente, ha dado mayor realce a este Certamen. En la ofrenda consagrada al segundo monarca de la

NOTICIAS

El día 26 de octubre último, esta Real Academia celebró sesión extraordinaria para la distribución de los premios otorgados en el Certamen organizado con motivo del Centenario de la fundación de la Catedral Primada. El solemne acto fué presidido por el Emmo. Sr. Cardenal Reig y Casanova, con asistencia del excelentísimo Sr. Gobernador Civil, autoridades civiles y militares, representaciones de diversas entidades y un selecto concurso.

El Sr. Director de esta Real Corporación dió lectura a un elocuente discurso, exponiendo el objeto de la sesión y el desenvolvimiento del Certamen, a fin de contribuir al esplendor de las fiestas conmemorativas del citado Centenario.

El Académico Secretario leyó una Memoria, haciendo una reseña histórica de los trabajos encaminados a la colaboración de la Academia en las fiestas de tan fausto acontecimiento.

El Emmo. Sr. Cardenal Primado procedió a la apertura de las plieas, para la adjudicación de los premios concedidos a los trabajos que merecieron la recompensa, y fueron los siguientes:

TEMA II.—*Historia y estado actual de la Liturgia toledana con relación a la Liturgia general de la Iglesia*; autor, Rdo. P. Fray Gerardo Prado, Monje del Convento de Santo Domingo de Silos; premio del Emmo. Sr. Cardenal Primado.

TEMA IV.—*Estudio crítico sobre el turismo en Toledo*; autor, D. Santiago Camarasa, Académico Correspondiente; premio del Excmo. Sr. Marqués de Vega Inclán.

TEMA VI.—*Estudio histórico crítico del canto Muzárabe en la antigüedad, su estado actual y su porvenir*; autores, RR. PP. Casiano Rojo y Germán Prado, Monjes Benedictinos de Santo Domingo de Silos; premio del Excmo. Sr. Obispo Prior de las Ordenes Militares.

TEMA XIII.—*Un cuento de asunto toledano*; menciones honoríficas a los autores D. Mariano Campos, Capitán de Infantería, y D. Ismael del Pan, Catedrático del Instituto de 2.^a Enseñanza.

TEMA XVI.—*El Gran Cardenal Don Pedro González de Men-*

doza y la Catedral de Toledo; mención honorífica al autor, don Francisco Lopera, vecino de Alcalá de Henares.

TEMA XIX.—*Motivos que tuvo el Arzobispo Don Rodrigo Jiménez de Rada para ser enterrado en el Monasterio de Santa María de Huerta*; autor, D. Hilario Yabén, Accediano de la Catedral de Sigüenza; premio del Excmo. Sr. Obispo de dicha Diócesis.

TEMA XX.—*Los Reyes de España y la Catedral de Toledo*; mención honorífica al autor D. Adolfo Aragonés y Díaz, Bachiller y Maestro de 1.ª Enseñanza.

TEMA XXI.—*Impresiones de Toledo (artículo periodístico)*; autor, el mencionado D. Mariano Campos, Capitán de Infantería; premio del Sr. Director de la Revista de Arte «Toledo», y mención honorífica a D. Jesús López Alonso, Oficial de Telégrafos.

Terminada la distribución de los diplomas a los señores laureados, el Emmo. Sr. Cardenal Primado hizo uso de la palabra, y en bellísimos párrafos testimonió la más efusiva gratitud a cuantos contribuyeron a la celebración del solemne acto, dirigiendo su sincera felicitación a los señores que han merecido la recompensa. Refiriéndose en particular a los estudios presentados por los Reverendos Monjes de Silos, tributóles un caluroso elogio, significándoles que con dichos trabajos han demostrado que su Monasterio continúa siendo asilo de las ciencias, letras y artes. A la Real Academia toledana la felicita y elogia asimismo por su eficaz cooperación en las fiestas centenarias.

*
* *

En cumplimiento de lo que previene el artículo 22 de los Estatutos, el día 28 de noviembre último se procedió a la renovación trienal de la Junta de Gobierno de la Real Academia, siendo elegidos por unanimidad los señores siguientes:

Director, D. Teodoro de San Román y Maldonado.

Censor, D. Angel Acevedo y Juárez.

Depositario, D. Buenaventura Sánchez Comendador.

Bibliotecario-Arqueólogo, D. Francisco de B. de San Román y Fernández.

Secretario, D. Pedro Román y Martínez.

*
* *

El día 12 de diciembre del año último, nuestra Real Academia celebró sesión extraordinaria, para dar posesión de la plaza de Académico de Número al M. I. Sr. D. Eduardo Estella, Canónigo Archivero de la Santa Iglesia Primada, que fué elegido en la vacante que dejó el Sr. Estenaga al ser nombrado Obispo Prior de las Ordenes Militares.

El solemne acto, al que concurrieron las autoridades civiles y militares y numerosas personas, fué presidido por el Eminentísimo Sr. Cardenal Primado, Dr. Reig y Casanova.

El recipiendario, leyó un extenso discurso sobre la egregia figura del Arzobispo Jiménez de Rada, en su actuación puramente eclesiástica; concienzudo trabajo de depuración histórica, basado en la documentación original referente a dicho Prelado que se conserva en el archivo capitular. Contestóle el numerario señor San Román (D. Francisco), el cual, después de realzar las dotes de laboriosidad e inteligencia que caracterizan al Sr. Estella, discurrió acerca de la misión del archivero, y glosó, por último, algunos de los puntos tratados por el nuevo académico en su discurso.

* *

En la sesión celebrada el día 5 de marzo último, fué elegido, por aclamación, Académico Honorario el Excmo. Sr. Duque de Alba.

* * *

En la vacante producida por fallecimiento de D. Vicente Cutanda, ha sido elegido Académico Numerario D. Alfonso Rey y Pastor, Comandante de Estado Mayor, Ingeniero Geógrafo y Jefe de la Estación Sismológica de esta Capital. Y para cubrir la vacante que existía en la Sección de Historia, lo ha sido D. Ismael del Pan y Fernández, Dr. en Ciencias, Catedrático de este Instituto de 2.^a Enseñanza y autor de trabajos meritísimos sobre prehistoria.

Académicos Correspondientes

elegidos durante el año 1926 y primer trimestre de 1927, que no
figuran en el último anuario publicado.

En España.

MADRID

- Sr. D. Pedro M. Artíñano.
 » » José Taramona y Díez de Entresotos.
 » » Gregorio Marañón.
 » » Emiliano Ramírez Angel.
 » » Luis Fernández Ardavín.
 » » José Francés y Sánchez Heredero.
 Ilmo. Sr. D. Manuel Zabala Gallardo.
 Excmo. Sr. D. José de Cerragería Cavairalles.
 » » » Aniceto Marinas.
 Sr. D. Rafael de San Román Fernández.
 Excmo. Sr. D. Agustín Retortillo de León.
 Sr. D. Angel Dotor Municio.
 » » Javier Dusmet y Arizcún.
 Ilmo. Sr. D. Alfonso Fernández Alcalde.
 Sr. D. Enrique Manrique de Lara.

PAMPLONA

- Sr. D. José María Huarte y de Jáuregui.

TOLEDO

- Sr. D. Juan Suero Díaz.
 » » Félix Urabayen.
 » » Constantino Rodríguez y M. Ambrosio.

En el extranjero.

PUERTO RICO

Sr. D. Rafael Hernández Usera (San Juan de Puerto Rico).

PERÚ

Sr. D. Víctor E. Ayarza (Lima).

LUXEMBURGO

Sr. D. Nicolás de Beurey.

ITALIA

Sr. D. Agostino Giordano (Nápoles).

» » Alberto Palumbo (idem).

FRANCIA

Sr. D. Angel Oliveras Guart (París).

ERRATA.—En la pág. 29, lín. 6.^a, donde dice (premio), debe decir (mención honorífica).

deando una silla de manos, detuvo a la muchacha para que no estorbara el paso de la dama que allí era conducida. Enfatuada por su rango, aquella damisela, D.^a Aldonza de Cepeda, resultaba el ser más altanero y vanidoso, al par que inútil. Al pasar dirigió a Marta una mirada de desprecio y ordenó aligerar a sus criados, por si la joven intentara impotunarla con alguna petición. La muchacha, a pesar de que la vida le era tan hostil, contentóse con pensar de aquella mujer lo que, Andersen, refiere que pensaba la vela de sebo de una ostentosa bujía de cera: «Fastuosa es, en efecto, tu existencia, lo reconozco. En cambio yo sé muy bien que soy pobre y vulgar. Más distinguido es ser de cera que de sebo, pero nadie en el mundo está en el caso de escoger su nacimiento. Si tú te pavoneas en el salón, el lugar que a mí me asignan es la cocina, y no es tan despreciable la cocina, porque sin ella, ¿qué sería la vida?».

Acercóse, por fin, Marta, resignada, al típico santuario de la Virgen de los Dolores, y comenzó a rezar llena de fe. Los ojos de aquella Virgen, anegados en llanto por el dolor moral, parecían transfigurarse para tender a la huérfana una mirada de inefable ternura, que parecía decirle: «Ten valor, tu madre te sonríe desde el cielo. ¿No sabes tú, que las madres, aun después de muertas, velan por los hijos que dejaron en la tierra? Tu padre, tampoco se olvidó de tí. ¿Quién sabe si no está lejos el día en que sepas de él, y sea para tí, su memoria, salvadora!». Así le decía la Virgen aquel día, como en otros muchos. Y, sin embargo, se sentía más sola que nunca.....

Largo rato llevaba ya la pobre muchacha, como en éxtasis, en medio de las inclemencias de aquel atardecer invernizo, en que el crepúsculo, ya avanzado, amortiguaba la luz de una manera continua. Hizo un alto en su oración y volvió instintivamente la cabeza. Una persona se hallaba a pocos pasos de ella. Era un peregrino que se había parado ante la imagen para rezarle.

Marta, interrumpida su oración, hizo ademán de alejarse, pero aquel peregrino, que llevaba algún tiempo contemplándola, la detuvo diciéndola:

—Perdonad, hermosa joven, ¿me haríais la caridad de decirme si aún sigue viviendo en esta calle D. Lope de Cepeda?

--Sí, tal. En el extremo de la calle veréis una casa de amplia portalada, con escudo blasonado, y que por la librea de los criados delata la nobleza de sus dueños; esa es la morada de don

endiablada vieja. Pero como a los ojos de ésta, no era el mundo otra cosa que una lonja de contratación, en donde las conciencias andan siempre sobre el mostrador, prestas a venderse a la mejor oferta, miró desdeñosamente a la huérfana, y alejóse diciendo:

—¡Válgame el Señor! Y en qué poco aprecian la vida las muchachas de hoy. Por ese camino no haces más que condenar a muerte a tus hermanos. Haz como te plazca; pero ten en cuenta que la vida es brillar y ver brillar a los demás; para eso nacimos. Con que, ahí te quedas, que yo voy a ver si encuentro algo de plata con qué poder forrar la faltriquera.

«¡Ah!, vieja fementida, servidora de Satán—pensaba Marta—tú no puedes comprender que hay muchas cosas peores que la muerte. No es esta la mayor desgracia que puede sucederle a una persona. La muerte ennoblece si uno ha cumplido con su deber; es la deshonra la que hace terrible a la muerte.» Pero al mismo tiempo que pensaba todo esto, resonaban en su oído, fatalmente, aquellas palabras de Crisanta: «Vas a condenar a muerte a tus hermanos.» No, eso tampoco; moriría primero ella si era preciso. Pero moriría como los héroes anónimos de esta ruda batalla de la vida, después de cumplir con su deber, que es cubrirse de gloria. Y enjugando su llanto, y cubriendo apenas su rostro con un ligero velo, salió aquella tarde de su casa, la joven, decidida a buscar trabajo o a implorar la caridad, para llevar a sus hermanos el pan que habían menester.

Antes de emprender su dolorosa odisea, quiso Marta fortalecer su espíritu, postrándose ante aquella imagen de la Virgen de los Dolores, a la que tantas veces rezara desde niña.

Aquella virgencita era para la huérfana el oráculo del porvenir, cuando surgía algún conflicto ante el camino de su vida. Todos los días, al salir del callejón en que vivía, visitaba la típica hornacina de la calle de Alfileritos, en donde mora la Dolorosa, que ahuyentó siempre las penas del corazón y llevó un poco de ventura al humilde hogar de la muchacha.

La tarde era inclemente. La ventisca azotaba sin piedad el rostro de Marta, hecho de nácar y marfil. Sus pobres vestidos, agitados en todas direcciones por el viento, hacían de la joven el personaje de la tragedia. Chapoteando en los lodazales, que dejaba la nieve al fundirse, desembocó al fin en la calle de Alfileritos, y cuando pretendía cruzar la calle para llegar a la hornacina de la Virgen, una lucida comitiva de criados y doncellas, ro-